

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

**SS**

SERIE

SERVICIO SECRETO

# EL COMANDO

SILVER KANE







**SS** **SERVICIO SECRETO**







SILVER KANE

## EL COMANDO

Colección

**SERVICIO SECRETO** n.º 1.061

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO**





*Depósito legal B 39.404 - 1970*

*1.ª edición: diciembre, 1970*

*Impreso en España - Printed in Spain*

© SILVER KANE - 1970  
*sobre la parte literaria*

© MIGUEL GARCIA - 1970  
*sobre la cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia



## CAPÍTULO PRIMERO

En Estados Unidos ocurren muchas cosas extrañas. Unas son divertidas, algunas pintorescas, otras, trágicas. Resulta divertido, por ejemplo, el caso del millonario Niemeyer, que se ha divorciado tres veces de la misma mujer, y tres veces se ha vuelto a casar con ella. Resulta pintoresca la idea que una casa publicitaria trata de imponer, aunque de momento tropieza con la oposición de las autoridades de algunos estados: unas chicas de las que saben sentarse bien (¡pero que muy bien!) llevarán una frase publicitaria escrita en lo alto de las medias. ¡Seguro que la gente se fija! Resulta trágico, en cambio, el caso de la siniestra familia Manson.

Un periodista nunca se aburre en Nueva York. Ocurren allí más cosas en un día que en todo el resto del mundo en una semana.

Pero hay cosas más trágicas que la familia Manson, cosas en las que uno quisiera no pensar. Como, por ejemplo, la guerra de Vietnam. Y la intervención en Camboya. Y los cuatro estudiantes salvajemente muertos por la policía, en la Universidad de Kent.

Pero también hay cosas extrañas, muy extrañas.

Tanto que al principio parecen no tener sentido. Y a las que la Prensa incluso dedica poca atención.

Así empezó aquello.

Por un suceso extraño y que, después de todo, en el fondo, tampoco parecía tener demasiada importancia.

Empezó en el golfo de México, en las costas de Luisiana.

Luisiana, Florida y Texas tienen las costas más pintorescas de toda la parte este de Estados Unidos. Las zonas de Galveston, Texas City, Port Arthur, Beaumont y Lake Charles son muy frecuentadas por los turistas. También las prefieren los casados que están en luna de miel, y que no pueden permitirse el lujo de pasar unos días en los hoteles súper caros de Florida.

Los protagonistas de la historia (al menos los que la iniciaron, ya

que pronto quedaron al margen) fueron dos recién casados llamados Freddie y Nat. Los dos eran excelentes nadadores, tanto, que habían sido preseleccionados para la Olimpiada de Múnich, si bien no tenían grandes esperanzas de llegar a la selección final. Habían empezado tres días antes su luna de miel, y podía decirse que los tres días se los habían pasado en el agua.

Las noches, no, naturalmente.

Pero cuando salía el sol, ¡resultaban tan tentadoras las limpias superficies del golfo de México!

A Nat le gustaba bucear.

Nat llegaba siempre a grandes profundidades, poniendo a prueba sus pulmones. El mismo Freddie, su marido, pese a estar entrenado, no podía imitarla. Al llegar a cierta profundidad, sentía como si los bronquios se le quemasen.

De vez en cuando, tras una prolongada inmersión, Nat volvía a la superficie con una gran caracola o con una estrella de mar.

—*¡Hello*, Freddie!

Su voz resonaba, cantarina y fresca, sobre las aguas.

—*¡Hello*, Nat! ¡No vuelvas a ir tan al fondo!

—¡Pero si no hay peligro, Freddie! ¡Además, me gusta! ¡Bajo las aguas, sin necesidad de escafandras ni de visores, una se siente en otro mundo!

Aquella mañana, como los días anteriores, Nat estuvo mucho rato bajo las aguas. Cuando salió, estaba congestionada. Traía algo en su mano derecha. Pero no era, como otras veces, una estrella de mar o una caracola gigante. Esta vez era algo mucho más concreto, y, al mismo tiempo, mucho más extraño: se trataba de una pistola.

Llamó:

—¡Freddie!

No dijo *¡Hello!*, como otras veces.

Freddie se extrañó.

Llegó hasta ella en dos rápidas brazadas, mirando lo que su esposa tenía en su mano.

—Pero ¿qué diablos es eso?

—¿No lo ves? Una pistola.

—¿Dónde la has encontrado?

—Abajo, en el fondo. Estaba entre dos rocas.

Freddie la miró de soslayo.

—Vamos a la playa.

Se dirigieron a la arena, y allí se tendieron bajo el sol, como tantas otras veces. Pero no era como las otras veces, y ambos lo sabían. Había empezado aquello, aquello que de momento no tenía nombre, y que, sin embargo, desunía un poco ya sus vidas.

Freddie examinó la pistola.

—Es extraño —musitó.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de raro?

—Ya sabes que yo entiendo de armas. En el ejército fui un verdadero especialista. Y hasta preparo un libro sobre pistolas. ¿Qué voy a explicarte a ti?

—Desde luego, no hace falta que me lo digas: eres un verdadero experto.

Él siguió examinando la «Luger».

—Desde luego, es extraño —repitió.

—Pero ¿por qué? Este arma puedes comprarla en cualquier sitio de Estados Unidos. Alguien la habrá arrojado al agua. Tal vez... tal vez después de cometer un crimen con ella.

—No, este arma no puedes comprarla.

—¿Por qué razón?

—No está a la venta en este país, ni creo que lo esté en ninguna parte. Se trata de una pistola de tipo ya bastante anticuado, dentro de lo perfectas que son las «Luger». Los alemanes fabricaron una serie muy corta de este modelo, ya en los últimos meses de la guerra. No llegaron a repartirlas entre el ejército. Las pistolas como ésta fueron entregadas a pequeños grupos especiales. Luego, los pocos ejemplares que había fueron desapareciendo, y ahora los tienen algunos coleccionistas.

Nat susurró:

—Pues será de un coleccionista.

—No, me parece que no. Esta pistola lleva unos veinticinco años en el agua.

—¿Quieres decir desde que... terminó la Segunda Guerra Mundial?

—Sí.

—Pero si fuera verdad lo que tú dices, se habría llenado de conchas y de animales marinos. Y está oxidada, pero nada más.

—Porque la habrán tenido en una funda, de la cual habrá

acabado por desprenderse. Seguro que lleva en estas aguas un cuarto de siglo, Nat. Y seguro que la trajo algún alemán.

Se puso en pie, y murmuró:

—Esta vez vamos a bucear los dos, Nat.

—Deja, Freddie. Yo llego más al fondo, y además, sé dónde he encontrado la pistola. Buscaré por allí.

—Te acompañaré.

—Acompáñame hasta donde puedas. Luego, te remontas. Yo bucearé mientras tenga fuerzas, y luego volveré a salir.

—De acuerdo, pero no te expongas.

—¿Crees que no tengo experiencia, Freddie?

Los dos se arrojaron al agua, y desaparecieron bajo la quieta superficie. Al principio bucearon juntos, pero pronto Freddie se dio cuenta de que no podía seguir a su mujer. Ella era un verdadero pez, una auténtica campeona. Se hicieron una seña, y mientras el hombre remontaba, la mujer siguió buceando.

Los pulmones de Nat eran como dos máquinas que no se agotaban nunca. Su corazón latía con la misma regularidad que en la superficie. Su pulso no se alteraba.

A la profundidad a que se encontraba, aún hallaba vestigios de luz. Sus ojos experimentados sabían distinguir los relieves de las cosas como si los viera a la claridad del día. Reconoció el lugar donde había encontrado la pistola. Buceó un poco más allá, dando la vuelta a unas rocas tan blandas que parecían deshacerse en nubes de arena.

Y entonces lo vio.

El esqueleto.

El esqueleto medio destruido ya por el agua, cubierto de algas y de animales marinos, surgiendo de un pozo de tinieblas, como un monstruo que llegara de un mundo desconocido.

Con sus dientes todavía intactos, como si sonriera desde el Más Allá...

Con sus enormes, rotas, asombradas cuencas vacías.

La muchacha sintió lo que hasta entonces no había sentido. El frío del agua metiéndose hasta el fondo de sus huesos. Sintió que la sangre se agolpaba en sus sienes, y que sus pulmones parecían ir a estallar.

Pensó:

«He de subir... Dios santo... He de subir...».

Irguió todo su cuerpo.

Se disparó como una flecha hacia arriba, rompiendo la quietud mortecina de las aguas.

Pero entonces vio aquello.

Mejor dicho, lo entrevió. Al principio era sólo como una pequeña sombra que avanzaba hacia ella.

Hasta que sintió aquella cosa horrible en la garganta.

Aquellos garfios que se le clavaban.

Aquella especie de anzuelo atroz que tiraba de ella hacia arriba, arriba, arriba...

Lo vio todo rojo.

No se dio cuenta de que era su propia sangre.

No se dio cuenta de que su carne era rasgada por las puntas metálicas, de que su cuerpo se rompía, de que su garganta se desgarraba.

La hermosa Nat no se dio cuenta de que aquello era el fin.

Luego, cayó poco a poco hacia el fondo, con los brazos en cruz, mientras hacía arriba se elevaba una columna de sangre.

Pero eso fue solo la iniciación de algo que aún nadie podía soñar.

Eso fue solo el principio.

## CAPÍTULO II

Por la índole del asunto, y por el sitio en que había ocurrido, se hizo cargo de la investigación la policía de costas. El inspector Barfield era el jefe de la zona. Al inspector Barfield le gustaban las chicas llenitas y el pescado fresco, a pesar de saber que algunos pescados del golfo de México se alimentaban de muertos.

Miró a un Freddie derrotado, hundido, deshecho, que no tenía fuerzas ni para levantar la cabeza.

Luego, miró, a través de la ventana, las aguas tranquilas que bañan a Luisiana.

Para él no había lugar más tranquilo, paisaje más hermoso que aquél.

«Lástima de calor —pensó—. ¡Maldito calor!».

Luego, volvió a posar sus ojos en Freddie, unos ojos fríos y que, de tanto mirar las aguas, parecían haberse convertido en los de un pez.

—¿La ha identificado? —preguntó.

Freddie no tuvo fuerzas ni para contestar. Sólo hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ya hemos identificado el arma que la mató —dijo el inspector Barfield, con horrible indiferencia profesional—. Fue un anzuelo de esos de varias púas, de los que se emplean para pescar tiburones. Tuvieron que lanzarlo desde alguna barca o canoa, en la cual había seguramente un fondo de cristal para poder ver a Nat mientras ella estaba en el agua. ¿Usted no notó nada? ¿No vio pasar por las cercanías una canoa o una barca de pesca?

Freddie hizo un gesto de impotencia con las manos.

—Tal vez sí. Pasaban a veces, tanto, que ya no me llamaban la atención. Y quizá pasó alguna mientras yo nadaba hacia la playa, pero no me fijé. Hay cosas maquinales que a uno no le quedan grabadas en la memoria. Cosas en las que no se fija.

Barfield hizo un gesto de desesperanza.

—De todos modos, es seguro que tuvo que pasar —murmuró—. Y quizá fue una lancha rápida, si usted no tuvo ni tiempo de verla. He hecho iniciar una investigación en todos los puertos y clubs náuticos cercanos, pero hasta ahora, sin resultado. También está lo de la pistola y lo del muerto. Eso es harina de otro costal.

—No —dijo Freddie con un soplo de voz—, yo estoy seguro de que hay alguna relación.

—¿Por qué lo está?

—Nada le había ocurrido a Nat hasta que encontró aquella pistola. Y estoy seguro de que también me hubiera ocurrido a mí, si llego a bucear con ella.

—Pudo ser casualidad.

—Yo no creo en las casualidades, inspector. Por lo menos, en las casualidades que le cuestan la piel a uno. Todo en esta vida está siniestramente relacionado.

Barfield tomó unas notas.

Freddie no había dicho nada nuevo, pero quería anotar lo que dijera, palabra por palabra.

Lo miró mientras el otro tenía la cabeza hundida, las manos sobre los ojos.

«Vas listo, muchacho —pensó—. No disimules ni me hagas dramas. Mientras no aparezca nada mejor, tú eres el primer sospechoso, porque eres el que mejor pudo cometer el crimen. La envías abajo, preparas el anzuelo y... ¡zas! De modo que no te distraigas, amiguito. Te juro que no voy a perdonarte ni media palabra».

Su expresión se había endurecido.

Sus ojos brillaban.

Pero cuando Freddie retiró las manos y le miró de nuevo, la expresión del policía volvía a ser suave y tranquilizadora.

—Queda lo de la pistola y el cadáver —repitió—. En efecto, la «Luger» había sido fabricada veinticinco años antes, o algo más, y ese modelo no está a la venta en ningún lugar de América. En cuanto al cadáver, hemos hecho con él todos los experimentos que la ciencia moderna permite. La calcificación de sus huesos nos ha permitido saber que tendría unos veinticuatro años al morir. Las algas y crustáceos que se habían adherido a sus restos, indicaban

una cosa extraña: que no debía llevar en el agua más que unos diez años. Fueron hallados, completamente consumidos, los restos de la funda donde guardó la pistola. También llevaban unos diez años en el agua. La cosa no concuerda. Una pistola de veinticinco años y una funda y un cadáver de diez.

Freddie musitó:

—Podía llevar sólo diez años en el agua. Pero ¿cuántos hacía que estaba muerto?

—Posiblemente, veinticinco también.

—¿Ve? Las cosas empiezan a concordar.

—Cierto, pero es que hay algo más —susurró Barfield.

—¿Algo más?

—Sí. No va a creerlo.

—¿De qué se trata?

Barfield dijo con un susurro apenas audible:

—De que en aquellas aguas, una vez inspeccionadas a fondo, han aparecido otros siete muertos.

### CAPÍTULO III

—Tuvo que ser un submarino —dijo el vicealmirante Foster, mientras paseaba nerviosamente por su despacho de Nueva Orleans, situado cerca de Canal Street—. Un submarino no alemán pudo llegar hasta estas costas en 1945, poco antes de la rendición de su país, o quizá después de ésta. —Miró a su ayudante—. Usted ya lo recuerda. Hubo submarinos que no se enteraron de lo ocurrido, y no se entregaron hasta varios meses después. ¿Conoce usted el chiste que se contaba por aquellas fechas?

—¿Qué chiste, señor?

El vicealmirante Foster encendió un cigarrillo. Dio unos pasos más, antes de continuar:

—Verá: un día uno de nuestros patrulleros ve emerger de las aguas, ante su proa, un submarino, el submarino más roñoso y viejo que habían divisado jamás. La guerra con Alemania había terminado dos meses antes, en abril del 1945, pero aquél era, sin duda, un submarino alemán, y además... ¡se preparaba para combatir! Los del patrullero le hicieron señas de que la guerra había terminado, y pidieron la presencia del comandante enemigo. Éste, al fin, salió. Cuando le dijeron que la guerra había concluido dos meses antes, mascullo: «¡Ese cabrito del Kaiser! ¡Ya podía habernos avisado!» [1].

El ayudante rió.

En parte, el chiste le había hecho gracia, y en parte, él siempre reía las ocurrencias de su jefe.

El vicealmirante Foster dio una larga chupada a su cigarrillo y luego siguió andando por el despacho, mientras seguía también con el hilo de sus pensamientos.

—Como le decía, un submarino alemán pudo llegar a estas costas y hundirse. O quizá lo hundieron los miembros de la tripulación, pensando que alcanzarían a nado a la costa. Debían

llevar uniformes, pistolas y todo lo demás. Me refiero a cosas que luego han sido consumidas por el agua y por los peces. Hasta aquí, todo es más o menos lógico, y todo podría concordar. Pero hay dos cosas que no tienen sentido, dos cosas en las que he pensado toda la noche. No sé bien por qué, pero presiento que acabarán volviéndome loco.

—Imagino a qué cosas se refiere, señor.

—En efecto —dijo el vicealmirante—, no es difícil que todos nos hayamos hecho las mismas preguntas. En primer lugar, ¿por qué esos cadáveres no aparecieron antes?

—No tiene sentido, señor. Lo lógico era que hubiesen flotado en las aguas.

—Ahora ya no había razón para que flotasen —dijo Foster—, porque un esqueleto no flota. Pero antes, cuando eran... ¡ejem!... unos cadáveres frescos, tenían que haber sido vistos sobre las aguas. Por qué no ocurrió así, es un misterio que nunca desentrañaremos.

—No hay que ser pesimista, señor.

—Es que queda la segunda parte. Siete u ocho muertos han aparecido. Pero siete u ocho hombres no pueden llevar un submarino. Hacen falta más, que sin duda están muertos también. ¿Y dónde se encuentran sus cadáveres? Hemos hecho toda clase de inspecciones subacuáticas en aquella zona. ¿Y qué? Nada, absolutamente nada. Ningún muerto más. A los otros se los ha tragado el océano.

Depositó su cigarrillo sobre un cenicero, con un gesto lleno de cansancio.

—Pero queda el último detalle: el submarino. Todo cuanto hemos hablado presupone la existencia de un submarino alemán. Y bien, ¿dónde está? ¡No hemos encontrado ni rastro!

Volvió a pasear pesadamente, mientras encendía un cigarrillo.

El ayudante barbotó:

—¿Se han hecho todos los sondeos? ¿Y se han enviado hombres-rana?

—¿Cree que fallaría en un detalle así? —preguntó el vicealmirante—. He utilizado los mejores hombres de que dispongo. Para que no faltara nada, desde Norfolk [2] me han enviado un modernísimo equipo de radar, extremadamente sensible. Es imposible que con él no hubiéramos descubierto un cuerpo metálico

tan grande como el de un submarino, aunque estuviera enterrado bajo toneladas de fango. Precisamente, las corrientes marinas dejan las rocas del fondo bastante desnudas.

El ayudante susurró:

—No tiene sentido, señor, pero se me ocurre que pudo ser un barco de superficie.

—Un barco de superficie... ¿Eso dice? ¡Por Dios, es absurdo! Si los submarinos alemanes, en aquella época, no podían apenas salir de sus puertos, ¿cómo un buque de los que se ven, iba a atravesar el Atlántico y plantarse ante las costas americanas? Y aunque fuera así, ¿dónde está ese buque? ¿Qué ha sido de sus restos?

—Imaginemos que pudo llegar a un puerto centro o sudamericano.

—Más absurdo aún. Nos hubiéramos enterado enseguida. Precisamente, entonces todas las costas del continente estaban bajo nuestro control. No, no es posible nada de eso.

Cerró un momento los ojos, mientras apretaba las manos sobre ellos, y murmuró:

—¿Dónde puede estar ese submarino? ¿En qué clase de mundo sin sentido nos movemos ahora? ¿Es que, de repente, hemos entrado en un mundo de fantasmas?

## CAPÍTULO IV

El hombre había bajado de un excelente coche, un «Pontiac» azul de seis cilindros, pero que era un modelo de tres años atrás. Eso en un país europeo no hubiera tenido importancia. Pero en Estados Unidos, donde todas las cosas se miden por el éxito en la vida, y donde cambiar de coche cada año da tono a un hombre situado, aquel modelo ya antiguo indicaba que a su dueño no le iban las cosas del todo bien.

El dueño era un hombre joven, alto, elástico y fuerte, con esa gracia felina y especial que tienen los que han practicado los deportes rudos desde que eran unos niños, y al mismo tiempo han aprendido a moverse en ambientes selectos.

Iba impecablemente vestido.

Entró en una casa baja, de una sola planta, situada cerca del Jamaica Bay. No era una casa elegante. Lo había sido, pero ahora el tiempo la había ido carcomiendo poco a poco. El jardín estaba descuidado, y la fachada se desconchaba por algunos lugares. Cuando uno pasaba por delante de aquella casa, notaba dos cosas: que en ella no había demasiado dinero y que allí faltaba la mano de una mujer.

El joven abrió el buzón que había junto a la cancela. Llevaba veinticinco días sin pisar Estados Unidos, pero en ese tiempo no había recibido más que dos cartas, y las dos eran del Banco, informándole del estado de su cuenta corriente. Nada más. A él, ¿quién iba a escribirle?

Recogió también el periódico del día, y echó un vistazo a los titulares. Éstos eran bastante llamativos:

MISTERIO EN AGUAS DE LUISIANA  
APARECEN LOS CADÁVERES PROCEDENTES  
DE UN SUBMARINO ALEMÁN, PERO

## ¿DONDE ESTA EL SUBMARINO?

El joven se detuvo unos momentos, con el periódico en la mano, como si pensara en aquella situación sin sentido.

Pero al fin se encogió de hombros.

Luisiana, ¿y qué?

A él aquello no le importaba. Además, tampoco le enviarían para investigar. ¡Él empezaba sus vacaciones justamente ahora!

Entró en la casa, mientras silbaba una cancioncilla.

El interior de la casa estaba ordenado y limpio, pero se notaba también en algunos detalles que en ella vivían hombres solos. El que salió a recibir al joven, llevaba en las manos una bandeja de plata con un servicio completo de té. Se lo ofreció, con una ancha sonrisa.

—Bienvenido a casa, Johnny.

Johnny, el recién llegado, tomó una taza de la bandeja y bebió un sorbo.

Hizo un gesto de asentimiento, mientras volvía a depositar la taza en su sitio.

—Justo como a mí me gusta, Peter. Cargado y un, poco amargo. Nunca lo olvides.

—¿Cómo voy a olvidar los gustos de mi único hermano? Vamos, Johnny, pasa. Siéntate.

Johnny se sentó, y miró en torno suyo. Muchas cosas no le gustaban, como por ejemplo los muebles demasiado antiguos, pero aquello, al fin y al cabo, era su hogar. Había recorrido el mundo muchas veces, siempre en pos de la muerte, y cuando llegaba allí, le invadía una reconfortante sensación de paz. El viejo hogar de sus padres. Era bueno estar allí, aunque fuera por poco tiempo, mientras uno pensaba que en la vida no todo consiste en perseguir y matar.

Mientras Peter le preparaba un *whisky*, Johnny miró el retrato del padre de ambos, colgado en la sala. Un honrado marino que nunca pasó de teniente de fragata, y que nunca pasó tampoco de un sueldo mediocre. Gracias a sus ahorros, sin embargo, tenían aquella casa. También estaba el retrato de Peter muchos años antes. El retrato de Peter en 1940, con el uniforme de la legión americana[3].

Peter le tendió el vaso de *whisky*.

—¿Recordando? —musitó.

—Sí. No puedo evitarlo, cada vez que vengo aquí. Miraba tu retrato. Fue la época en que viajaste a Alemania, ¿no?

Peter sonrió con nostalgia, mientras a su vez bebía un sorbo del *whisky* que él mismo había preparado.

—Sí, fue en 1940. Tú aún habías de nacer, porque nos llevamos... ¿cuánto? Vergüenza me da decirlo. Veinticinco años. Cuando tú naciste, yo ya estaba prisionero en Rusia. ¡Y cuántas cosas habían ocurrido, desde entonces!...

Volvió a beber un trago, mientras añadía:

—En aquel año acababa de ser aplastada Francia por las tropas de Hitler. Para mí, Alemania era el mejor país del mundo. Nosotros, los americanos, aún no estábamos en guerra con ella, de modo que pude viajar a Berlín tranquilamente y alistarme como voluntario en la Wehrmacht. Allí hice casi toda la guerra... incluyendo la infernal campaña de Rusia. Los rusos me hicieron prisionero en Orel[4] y me llevaron a Siberia. Fueron inútiles vuestros esfuerzos para rescatarme... hasta hace cinco años. Parece mentira, ¿verdad? Todo un mundo nuevo había nacido, mientras tanto. Cuando volvía a casa, tú eras un hombre... Nada menos que un agente secreto.

Dio unos pasos, depositando el vaso sobre una mesa.

Ahora ya no trataba de disimular su cojera.

Tenía una pierna algo más larga que la otra. Una bala en la cadera le había producido esa lesión incurable. Pero, gracias a ella, cobraba una pensión del Estado alemán, como si fuera un mutilado de su propio ejército. Eso le permitía vivir sin tener que trabajar, dedicado sólo a sus investigaciones históricas.

Volvió la espalda, mientras sonreía tristemente.

—Cada vez ando peor, ¿verdad, Johnny?

—No, no, al contrario. Te mueves mejor que antes. Pero yo creo que deberías hacer algo más de ejercicio.

—Tienes razón. En eso fallo. Últimamente, he estado muy ocupado reconstruyendo la historia de la flota alemana en los últimos días de la guerra.

Morrison & Pulkam,

editores, me han pagado ya una pequeña opción para publicar mi libro. Eso me absorbe, y hace que me mueva poco. ¿Y tú? ¿Qué

haces? ¿Qué tiene que contar un agente secreto de los poderosos Estados Unidos de América?

Johnny sonrió, e hizo un gesto abstruso, como sacudiéndose la pregunta de encima.

—He estado por ahí.

—Ya sé que los agentes secretos no contáis vuestras aventuras ni a vuestros hermanos. Mientras estaba prisionero en Rusia, conocí a unos cuantos, y te aseguro que eran bastante más herméticos que tú. No decían ni su nombre. Pero tú, al menos, me contarás dónde has estado.

—Precisamente en Rusia. Ya sabes que trabajo en la sección de asuntos orientales.

—Aquello es peligroso, Johnny. Me asusta que vayas allí. Es un país muy duro.

Johnny cabeceó.

—No temas, no hago espionaje. Soy una especie de archivero de la Embajada. Me limito a reunir datos de aquí y de allá, y de esos datos saco conclusiones y envío un informe.

—Espero que no te compliquen la vida con cosas peores. ¿Adónde vas ahora?

—A ninguna parte.

—¿Cómo?

—Voy a hacer vacaciones, Peter. Las he pedido ahora. Un mes entero para mí solo.

Peter hizo un gesto de contrariedad.

Un gesto tan expresivo, que Johnny hubo de notarlo.

—¿Qué pasa?

—Mira esto, Johnny. Llegó ayer.

Y le tendió una carta.

La carta estaba fechada en Tel Aviv, y escrita en hebreo, idioma que Johnny hablaba perfectamente. Se le pedía en ella que buscara a un hombre llamado Bronstein. Luego se le daban unos datos sobre él, datos que se referían a diversos países del mundo, pero especialmente a la Unión Soviética, donde era fácil que Bronstein se encontrara ahora.

Al final de la carta se mencionaba «una elevada recompensa».

Peter musitó:

—Ya ves. Es de la Agencia Judía [5].

—Sí. Y me hablan también de un compañero llamado Nick, un hombre que me esperará en Leningrado. A Nick ya le conozco. Cierta vez trabajamos juntos en Uganda.

Guardó la carta cuidadosamente, mientras murmuraba:

—Pero ¿por qué?

—¿Y te extraña? Tú sabes perfectamente que muchos altos organismos norteamericanos están controlados por los judíos. No es raro, pues, que estos empleen para sus fines a agentes secretos de este país. La carta te ha sido enviada con el visto bueno de tus jefes. Estoy seguro de que te agradecerán el servicio como si lo hubieras prestado a Estados Unidos.

Johnny vaciló, mientras tabaleaba con los dedos sobre la mesa.

—Nunca me había visto en esto, Peter. Nunca había perseguido a viejos criminales de guerra.

—Merecen que se les persiga —murmuró Peter—. Lo que hicieron no tiene nombre. Ya ves que yo he vivido muchos años en Alemania, y podría comprenderlos, pero no lo he conseguido jamás. Para mí todos aquellos miembros de las SS son como habitantes de otro planeta. No lamenté que ahorcaran a Eichman[6], ni lamentaría que un día capturaran a Martín Borman[7]. Ya que te piden que lo hagas, trabaja para ellos, Johnny. He visto que también mencionan otros nombres en su carta... ¿Te sabe mal que la abriera? No indicaba tu nombre, sino sólo tus apellidos. Y como tus apellidos y los míos son idénticos...

Johnny sonrió.

—No, no me sabe mal. Además, te lo hubiera dicho, de todos modos. ¿Me hablabas de otros nombres? Sí, sí... Unos franceses, llamados Blanchot, Joffre y Bentley. Los conozco también. Debemos trabajar juntos y cribar media Europa.

Terminó su *whisky*, mientras susurraba:

—Pero tú nunca has sido amigo de los judíos, Peter. ¿Por qué me pides que trabaje para ellos?

—Quizá no debería decírtelo.

—¿Por qué no?

—Es una cuestión más bien sórdida. Una cuestión miserable.

—¿Dinero?

—Sí.

—En la carta me hablan de una elevada recompensa. ¿Es eso?

—Sí. Tú sabes que no ganas demasiado, y mi pensión tampoco es alta. Mis libros, hasta ahora, tampoco han tenido el éxito que se podía esperar.

Hizo un gesto apesadumbrado, mientras añadía:

—Claro que no podemos quejarnos. Tenemos esta casa, vivimos bien... Yo mismo me puedo permitir el lujo de viajar al extranjero para mis investigaciones históricas. Pero está el problema de mi pierna, ¿sabes? No quiero ser un maldito cojo toda mi vida.

Johnny asintió.

—¿Hay... algo nuevo?

—Veinte mil dólares.

—¿Qué quieres decir?

—Por veinte mil dólares, el doctor Rafford se compromete a operarme y a dejarme como antes de recibir el balazo. Sabes que sólo él puede hacer una operación así... Pero no tengo ese dinero, ni puedo ahorrarlo en un plazo más o menos próximo. Tú, en cambio, podrías ganarlo, si trabajaras para los judíos, del modo que te piden en la carta. Es vergonzoso que yo te pida eso, pero... por favor, Johnny, ayúdame. Ni tú ni yo somos ricos. Creo que esa carta nos da una última oportunidad.

Johnny sonrió tristemente.

Pero enseguida se animó. Hasta consiguió lanzar una carcajada, mientras acariciaba el sobre que llevaba la carta.

—Tiene gracia —musitó—. Mis vacaciones... Las primeras vacaciones en mucho tiempo. ¡Y voy a tener que emplearlas en perseguir algo así como una sombra!

—Bronstein no es una sombra —murmuró Peter—. Es uno de los hombres más buscados del mundo.

—Y según parece, está en Europa —musitó Johnny—. Quizá en Leningrado. Quizá en el único sitio donde nadie puede sospechar encontrarlo, en la lejana Rusia.

Y puso un cigarrillo entre los labios, mientras sus ojos se perdían en el vacío.

Rusia...

Tendría que volver.

## CAPÍTULO V

El hombre descendió por la Perspectiva Liteiny y, doblando hacia la derecha, desembocó en Perspectiva Nevsky.

Veintiséis años antes, cuando los alemanes bombardeaban con sus piezas de artillería pesada las calles de Leningrado, el, hombre también había estado allí. Era entonces un chiquillo de doce años, que se moría materialmente de hambre y sufría cada día en su carne las penurias de la guerra, pero ya no quería acordarse de eso.

Ahora Leningrado había cambiado mucho, ahora era una ciudad restaurada, hermosa, potente, a la que empezaban a visitar turistas de todo el mundo. La guerra quedaba muy atrás, muy lejos.

Pero sus consecuencias, no.

El hombre caminó por la Perspectiva Nevsky, tantas veces citada en las novelas de Dostoiewsky, y desembocó en la plaza Dekamistov, a pocos pasos del río Neva.

Había poco tráfico, ya que casi siempre eran escasos los vehículos privados que rodaban por la ciudad. Casi todos los coches eran de servicio público. Sin embargo, mucha gente caminaba arriba y abajo, efectuando sus compras, pues la hora general de salida del trabajo había sonado poco antes.

El hombre llegó hasta el Neva, encendió un cigarrillo y se apoyó en el pretil, a poca distancia de las aguas. Éstas estaban quietas, y tenían esta tarde un matiz brumoso.

A la derecha quedaba el puente Dvortsovt, y enfrente el barrio de Vasilievsky. Pero el río era tan ancho en aquel punto, que las casas del otro lado casi quedaban como perdidas entre la bruma y la lejanía.

El hombre alejó los restos del cigarrillo y volvió la espalda, tras consultar su reloj.

El paisaje estaba poco frecuentado, y quizá por esto notó enseguida que alguien se acercaba a él.

Por su modo de vestir, un occidental es notado enseguida en cualquier calle de cualquier ciudad soviética. El ciudadano «made in URSS», suele llevar ropas confeccionadas, que en modo alguno poseen la elegancia de las prendas de Occidente, donde la competencia entre las marcas impone un mejor gusto. Por otra parte, es frecuente que los hombres no lleven corbata.

Por contraste, el que se acercaba ahora vestía impecablemente.

Pantalones grises, zapatos londinenses, americana de cheviot, excelentemente cortada, camisa de cuello impecable y sombrero flexible italiano. Plegado sobre su brazo izquierdo, descansaba un liviano impermeable de seda.

Cualquiera hubiese pensado, al verle, que aquel hombre era, al menos, secretario general de un gran establecimiento bancario de un país capitalista.

Pero no lo era. El hombre que se acercaba ahora pausadamente al mirador del río Neva era, sencillamente, un asesino legal.

El que le esperaba adelantó dos pasos.

—Hola, Johnny.

—Hola, Nick.

Johnny era el recién venido. Encendió un cigarrillo, mientras sus ojos se posaban en la quieta bruma que se iba elevando desde el río.

—Acabo de llegar de Moscú —dijo, tras exhalar una bocanada de humo.

—¿Y...?

—Nada. No se trata del mismo hombre.

Johnny hizo un gesto de desesperanza, mientras extraía una agenda de uno de sus bolsillos. La agenda estaba encuadernada en cuero negro, y llevaba impreso en oro el nombre de una ciudad lejana: Tel Aviv. Dibujó una cruz sobre uno de los nombres que estaban escritos en la primera página.

—¿Y tú? —preguntó Nick.

—Yo he tenido más éxito. He localizado a Brenner, pero Brenner es un sujeto sin importancia.

—¿Dónde está?

—En el hotel Europa's, no lejos de aquí.

—Vamos.

Los dos hombres volvieron la espalda al Neva, y caminaron juntos a buen paso. Llegaron a la plaza Isaackiewsgaia, y desde allí

doblaron a la izquierda para enfilar la calle Tsena.

El hotel Europa's está muy cerca de la Perspectiva Nevski. Es uno de los hoteles oficiales de la Intourist, la agencia de turismo soviética. Tiene aún un aire decimonónico, un aire suntuoso y de la época zarista, muy recargado y pasado de moda. No es malo, ni mucho menos, pero parece corresponder a la idea que de los hoteles se tenía en otra época ya lejana.

Los dos hombres penetraron en él. Los pocos coches accidentales que era posible ver en Leningrado estaban estacionados por las cercanías. Su aspecto ya no llamara tanto la atención como en otras calles de la capital zarista.

Johnny susurró:

—¿Dónde está este tipo?

—En su habitación. Es la número veinte.

—¿Viaja con pasaporte alemán? Me parece difícil, porque quizá los rusos tengan aún algo contra él, por crímenes de guerra.

—No, no. Viaja con pasaporte checo.

—¿Ha cambiado de nacionalidad?

—Sí, pero emplea un nombre falso. Sus papeles están a nombre de Brenner, y él afirma ser de origen italiano, mientras que, como sabes, se llama realmente Brenner, y es de origen alemán. Un cambio tan sencillo le ha costado muy poco esfuerzo.

Los dos hombres hablaban mientras subían por la escalera que parte el vestíbulo, y que está alfombrada en rojo. Pese a su costumbre de tener prevista cualquier situación, no pensaban que iban a encontrarse con Brenner tan pronto, ni de aquella manera.

De repente, lo vieron.

Estaba en la baranda del piso superior, apoyado en ella, y les apuntaba con una «German Luger».

En sus ojos brillaba una mirada asesina, una mirada de loco.

Los dos hombres se detuvieron casi en seco, mientras tenían unos segundos de vacilación.

Por las mentes de los dos pasó en aquel terrible instante el mismo pensamiento: No era lógico que Brenner se portase así, que se lo jugara todo a una carta. Brenner era uno de esos pájaros sin importancia que uno sujeta para que canten y luego deja marchar, porque no hay contra ellos cargos de calibre pesado. Brenner había sido un esbirro SS, pero no se había distinguido de un modo

especial, y además, desde que él actuó, habían transcurrido casi treinta años.

No, no había razón para que se jugase la vida a una sola carta, en una tierra extraña, cuando los delitos por crímenes de guerra estaban a punto de prescribir, según la ley alemana aunque hubiera dificultades sobre eso [8] y cuando lo máximo que arriesgaba, en el caso peor, era una condena a cinco años.

Esos pensamientos fueron rápidos, instantáneos, y sin embargo, parecieron ocupar todo un período de la vida de los dos hombres.

Tuvieron la sensación de que jamás olvidarían aquel rostro deformado por el odio y el horror, y de que tampoco olvidarían aquella pistola que apuntaba directamente a sus cabezas.

De pronto, su instinto les hizo moverse.

Jamás aquellos dos hombres se detenían demasiado tiempo a pensar. Siempre actuaban. Y una vez, en el fondo de sus cráneos, pareció escribir con grandes letras rojas: ¡Peligro!

Los dos se movieron al mismo tiempo, uno a la derecha y otro a la izquierda para desorientar a su enemigo.

Éste disparó rabiosamente. Las balas retumbaron en el apacible ambiente del hotel Europa's.

Las dos muchachas de la tienda de *souvenirs*, simada en la planta baja, se pegaron instintivamente a las paredes. Las empleadas de las oficinas de cambios de monedas y de correos, que se hallaban a la segunda planta, salieron al exterior, sin comprender lo que ocurría. Hubo un camarero del bar, un veterano de la guerra, que sintió cómo renacían sus viejos instintos de la batalla de Rusia. Sin darse cuenta él mismo, se arrojó a tierra, y sus manos buscaron un fusil que no tenía.

Todo esto sucedía en cinco segundos, en el brevísimo tiempo que necesitan dos balas para llegar a su destino.

Nick sintió que un brusco calambre recorría su cadera derecha. La pistola que ya empuñaba cayó al suelo.

Johnny, que se había pegado a un costado de las escaleras, fue más rápido que él.

Tiró tres veces, apuntando al centro del cuerpo de Brenner. Éste lanzó un agudo grito, mientras se pegaba aún más a la barandilla. Varias gotas de sangre saltaron trágicamente al piso inferior.

Johnny sabía que le había dado bien, pero vio que su enemigo

aún intentaba guarecerse y disparar de nuevo.

Las balas se cruzaron en el aire. En el vestíbulo del hotel sonaron gritos de alarma.

Johnny, pegado a la pared, veía parte de la cabeza de su enemigo, deslizándose a lo largo de la barandilla. Apuntó fríamente.

La bala hizo saltar nuevas gotas de sangre. A pesar de su trágica experiencia en aquella clase de luchas, el joven no pudo evitar una mueca.

Ahora sí que Brenner había caído bien. Ahora sí que estaba listo para siempre. Sin embargo, Johnny necesitaba asegurarse, y por eso corrió hacia el piso superior.

No le hizo falta más que una sola mirada.

Brenner, pues no había duda de que era él, tenía la cabeza partida por la bala. Estaba más muerto que los alemanes enterrados entre la nieve de Stalingrado.

Nick se sujetaba la cadera, donde le había alcanzado una bala de Brenner. La herida no parecía grave, pero necesitaba cuidados urgentes. Y sobre todo, lo que necesitaban los dos era lo más urgente, sencillo y a la vez más complicado del mundo: ¡Huir!

A los ojos de las autoridades rusas, lo que acababa de ocurrir era ni más ni menos que un asesinato. Tanto Johnny como Nick podrían explicar su actitud, desde luego, pero quizá tardaría dos meses en convencer a la policía soviética.

Era mejor salir de Leningrado cuanto antes. Pero ¿cómo?

Nick había recogido su pistola, guardándola. Johnny hizo lo propio. Vio que el vestíbulo estaba vacío, porque la gente había buscado refugio mientras duró el tiroteo. Pero ahora, al volver el silencio, un verdadero alud de gente se lanzaría sobre ellos.

Johnny pensó que todo había salido al revés de como esperaban. La orden era capturar a Brenner sin ruido, llevarlo al Consulado de Estados Unidos, e interrogarlo allí.

Nada importante. Sacar unas palabras a un testigo en país extranjero, como se había hecho centenares de veces.

¡Y ahora, ellos habían revolucionado a media ciudad! ¡Ahora ellos mismos se habían metido en una ratonera!

Johnny susurró:

—Vamos, Nick. Creo que estamos perdidos, pero hay que intentarlo.

—¿Adónde iremos?

—Al Consulado, si es posible. ¡Pronto!

Cruzaron el vestíbulo como dos exhalaciones. Nick iba dejando un leve rastro de sangre, pero hubiera jurado que la herida no le dolía. Al llegar a la puerta, miraron en ambas direcciones.

Varios transeúntes corrían hacia el hotel. Otros lo miraban desde la acera fronterá, sin saber qué partido tomar.

En la esquina de la Perspectiva Nevsky había gente adquiriendo periódicos en un quiosco. Todos miraban hacia allí.

Estos detalles quedaron grabados en la mente de los dos hombres como en una cámara fotográfica, y supieron que ya no los olvidarían nunca. Supieron que, aunque viviesen muchos años —cosa improbable—, siempre recordarían los rostros pasmados de los testigos, siempre oírían las pisadas de los que se acercaban hacia el hotel, y creerían oír de nuevo los estampidos que aún retumbaban en su cráneo.

Completamente desorientados, los dos pensaron lo mismo:

No tenían adonde ir.

Correr era ridículo. Docenas de personas les estaban mirando. No podían cometer la estupidez de ponerse a hacer una carrera de *cross* por las calles de Leningrado, con docenas de personas pisándoles los talones. Era absurdo.

Disimular, tampoco. La gente los miraba. Todos se habían dado cuenta de que, de un modo u otro, estaban ligados a las detonaciones que se habían oído unos segundos antes.

¡Un taxi! ¿Y si pasara por allí un taxi? No, claro, un vehículo público no quería llevar. Además, no pasaba por allí ninguno, en esos decisivos momentos.

A Nick volvieron a torturarle los dolores en la cadera. Con gusto se hubiera puesto a chillar.

Y fue en ese decisivo momento, al creerse completamente perdido, cuando sonó aquella voz:

—¡Chist!

Los dos miraron en la misma dirección, negándose a dar crédito a sus oídos.

Frente a la puerta del hotel habían estacionado un automóvil negro, un «Fiat 2300» de gran potencia.

Y al volante estaba una mujer. ¡Una mujer a la que sólo le

faltaban las alas para parecerse a un ángel!

Al menos, eso fue lo que les pareció a los dos. Saltaron al mismo tiempo, mientras ella abría una de las portezuelas posteriores.

La situación, en sí, era increíble, pero ninguno de los dos podía detenerse y analizarla ahora. Vieron que la muchacha maniobraba hábilmente en la ancha calle, donde además no había un solo vehículo circulando, que pudiera entorpecerla. Un segundo más, y se encontraron en la Perspectiva Nevsky, rodando a buena velocidad, mientras los gestos de alarma que al principio les habían acompañado se iban diluyendo poco a poco.

La gente veía tan sólo un coche extranjero más, y no se detenía a seguirlo con la mirada. La alarma sembrada por los disparos quedó muy atrás, a los pocos instantes.

Tanto Johnny como Nick sintieron que unas gotas de sudor resbalaban por sus frentes, a pesar de que no hacía calor.

Las calles de las ciudades soviéticas son, hoy por hoy, el lugar ideal para una fuga en automóvil. No hay vehículos que entorpezca el tránsito, no hay apenas semáforos, no hay casi guardias. La gente es seria, ordenada, tranquila. Lo que en una ciudad occidental hubiera sido imposible, a causa de los embotellamientos y las luces rojas, fue aquí lo más sencillo del mundo.

Apenas se habían dado cuenta de lo sucedido cuando ya rodaban lejos de la ciudad, en dirección a la frontera finesa.

Fue entonces cuando oyeron, por primera vez, la voz de la mujer desconocida que les había salvado.

Hablaba en inglés, pero con tal acento ruso, que no había duda acerca de su nacionalidad.

—¿Tienen sus pasaportes en regla? —se limitó a preguntar.

—Sí —dijo Johnny—. Los dos los llevamos siempre encima, y están en regla. Un pasaporte es siempre más útil que una pistola.

—Entonces, todo marchará bien.

—¿Y usted? ¿Lleva usted su pasaporte?

—¡Claro que sí!

Prestó su atención a la carretera, para tomar una curva por la que se acercaba un pesado camión del Ejército Rojo, y luego volvió la cabeza nuevamente hacia ellos.

—Soy corresponsal periodístico en Italia —añadió—. Puedo usar este automóvil en país soviético, y salir de él cuando me plazca,

siempre que no contradiga las órdenes de mi periódico.

Johnny cerró un momento los ojos.

Le parecía increíble que hubieran logrado salir del hotel Europa's de Leningrado, y que ahora estuviesen allí, camino de la frontera finesa, en un lujoso coche italiano y en compañía de una mujer bonita. Todo parecía absurdo, como en los sueños, pero en todo caso aquél era un sueño al que valía la pena dedicar la mitad de las noches de una vida.

—¿Para qué estaba usted en Rusia? —preguntó suavemente, abriendo los ojos de nuevo.

La muchacha volvió la cabeza al decir:

—Estoy aquí para matar.

## CAPÍTULO VI

Aproximadamente mientras estos sucesos tenían lugar en la frontera ruso-finesa, otros acontecimientos se desataban en Francia, en regiones apacibles, donde los turistas se dedican a la *dolce vita* durante los meses de verano. Pero los tres tipos que ahora marchaban en automóvil a gran velocidad no eran turistas ni censaban en la *dolce vita*. En todo caso pensaban en la *dolce morte*.

El coche, un «Panhard» seis plazas, capaz de alcanzar elevadas velocidades, había salido de Toulouse por la mañana, y rodaba por la carretera 124 en dirección a Armagnac, célebre por sus bebidas espirituosas. Al llegar al cruce con la carretera 21, el automóvil giró a la derecha y se dirigió a Agen, ya claramente en dirección noroeste. Desde allí, por la carretera 113, buscó el cruce con la 133. El conductor parecía tener aquella ruta grabada en la memoria, y no se equivocaba nunca. En el cruce, tomó la derecha, para dirigirse a Perigueux.

Cualquier persona, que desde un avión, hubiera controlado los movimientos del vehículo, sería incapaz de decir en estos momentos si el «Panhard» se dirigía a París o, por el contrario, rodaba hacia Normandía o la frontera belga.

La verdad era que los tres hombres tampoco lo sabían.

Buscaban a alguien, y no sabían si lo encontrarían en Perigueux o más adelante. Era allí precisamente, en Perigueux, donde tenían que ponerse en contacto con un enlace.

La comarca era lisa, surcada por pequeñas colinas, y la carretera recta permitía mantener las altas velocidades. Los tres hombres conocían todo aquello muy bien.

El primero, Blanchot, había estado allí en 1940, durante la ofensiva alemana de mayo. Fue en esta zona donde cayó prisionero, después de matar a tres enemigos, sin más ayuda que la de un cuchillo.

El segundo, Joffre, el hombre que tenía el apellido de mariscal, había sido *maquissard* en aquella comarca hasta que la ocuparon los aliados en 1944.

El tercero, Bentley, el hombre que tenía el apellido de marca de automóvil de lujo, era comerciante en Angulema, a escasa distancia de allí.

Blanchot mascullo:

—Buen terreno para la guerra de tanques, ¿eh?

—Lo fue —dijo pensativamente Joffre—. Buen terreno para los alemanes en aquella época.

—¿A cuántos matasteis aquí?

—Fueron miles, especialmente en 1944, cuando la Wehrmacht iba a la desbandada. Pero no me gusta recordar aquello. Yo pienso en los SS, en los que no hacían otra cosa que matar a mujeres y a niños. Pienso en el tipo que vamos a cazar.

Perigueux apareció a sus ojos como una población de casas bajas, con tejados rojos, numeroso arbolado y una ancha calle central donde, pese a la población, los coches desarrollaban grandes velocidades.

A la derecha había un pequeño restaurante de viejas y polvorientas cortinas, que hablaban de otra época. Dentro, el ambiente era rústico y no demasiado limpio. Hombres silenciosos, que ya terminaban de comer, se pasaban unos a otros la gran bandeja con ocho variedades de queso.

Los tres hombres se sentaron a una mesa, y pidieron solamente un filete para cada uno, junto con una botella de vino. El mozo que les sirvió era un tipo alto, desgarbado, de unos cuarenta años. Los tres recién llegados sabían que aquel hombre tenía la espalda aún surcada por profundas cicatrices, causadas con un látigo alemán, cuando todavía era un muchacho. Pero la camisa que colgaba de sus flacos hombros no permitía distinguirlas.

Comieron en silencio, y luego Blanchot pagó por los tres.

—Cobre.

El mozo delgado devolvió el cambio.

—Tome, señor.

—¿Eso es todo? ¿Puede decirme qué combinación es mejor para ir desde Angulema a París? Nuestro coche ratea. ¿O podemos repararlo en el mismo Perigueux?

—Si pueden llegar hasta Angulema, háganlo. En la estación les pueden informar. Creo que hay un tren a las once en punto de la noche.

—Gracias.

Blanchot dejó una propina, y los tres hombres se pusieron en pie.

Una frase había quedado grabada en sus mentes. Estación de Angulema, a las once de la noche. No la olvidarían.

La estación de Angulema estaba oscura y triste a aquella hora de la noche. Un polvo sutil flotaba bajo los conos de luz de las lámparas. Se oía el «tac-tac»

de algunos ferroviarios, al comprobar los ejes con sus martillos, y el ruido de unos vagones de mercancías, al ser enganchados. Solamente eso.

Los tres hombres —Blanchot, Joffre y Bentley—, penetraron en el recinto. Ahora vestían gabardinas oscuras y llevaban las manos en los bolsillos. Sus rostros destacaban como extrañas manchas blancas en la penumbra de la estación.

Un tren local se estaba formando en la primera vía. Su hora de partida, según rezaba en la tablilla estaba señalada para las once.

Los tres hombres se acercaron allí.

Dos por la derecha, por el lado de los pasillos. Uno por la izquierda, por el lado de los departamentos.

No se distinguía a ningún gendarme. Nadie vigilaba la aparentemente tranquila estación provinciana, donde un tren soñoliento se disponía a partir con viajeros también soñolientos, con gentuza que parecían ir a ninguna parte.

De pronto, les vio Joffre.

Ella era rubia, alta, y hubiera llamado la atención en cualquier sitio. No resultaba, desde luego, la mujer ideal para pasar desapercibida y eso debió ser tenido en cuenta por Bronstein, el tipo a quien buscaban. Pero puesto que a Bronstein le gustaban las mujeres altas y rubias, allá él con el paquete.

El tipo que estaba a su lado se llamaba Kurzon. Blanchot lo había conocido en el campo de concentración de Brancy, donde los judíos franceses eran reunidos antes de su envío a las cámaras de

gas. Entonces Kurzon era mucho más joven, y llevaba un bonito uniforme SS, pero, ahora, después de los años, se le seguía reconociendo fácilmente.

Blanchot se pasó la lengua por los labios.

Bueno, allí estaban.

La búsqueda por medio Francia, las horas interminables de espera, iban a dar su fruto.

Blanchot masculló:

—Narices.

Subió al vagón descuidadamente, como quien no quiere la cosa. Había observado ya que el pasillo se encontraba vacío. Su mano derecha seguía quieta en el bolsillo de la gabardina.

La rubia y su compañero Kurzon le habían visto, pero, al parecer, ninguno de los dos le reconocía. Blanchot se acercó a ellos.

Cuando estuvo junto a Kurzon, extrajo la mano de su bolsillo derecho.

En ella brillaba un cuchillo.

Era un cuchillo no muy largo, pero extremadamente afilado y, hasta en cierto modo decorativo. En su hoja había una inscripción.

### «SANGRE Y HONOR»

Blanchot puso, sin más preámbulos, el cuchillo en un costado del distraído Kurzon.

Éste se volvió. Se encontró cara a cara con unos ojos helados y con unas facciones espantosamente rígidas, como talladas en metal.

—¿Kurzon?

El del tren intentó sonreír.

—Se equivoca. Me llamo André.

—Y es francés, ¿no?

—Exacto.

—Narices.

Kurzon intentó defenderse.

—¿Qué es esto? ¿Un atraco?

—No chilles, Kurzon. De nada te va a servir.

—Le juro que...

—Sólo quiero saber una cosa.

La rubia estaba inmóvil, como petrificada. Blanchot ya no se acordaba de ella.

—Sí solo se trata de saber una cosa —musitó Kurzon—, le complaceré. Debe estar loco, amigo, pero a los locos hay que darles la razón.

—Oh, claro... Y tú me la vas a dar, pichón. ¿Dónde está Bronstein?

Kurzon palideció. Sus ojos tuvieron un fulgor asesino, que duró sólo unos instantes.

Hizo ahora un nuevo gesto de defensa, pero esta vez realmente eficaz. Su derecha voló hacia la funda sobaquera que se insinuaba bajo su americana bien cortada.

Blanchot no le dio tiempo.

Dijo simplemente:

—Narices.

Acababa de recordar que aún disponía de la rubia, y que ésta podría decirle lo que Kurzon ya no le podría decir nunca. Si Kurzon se ponía tonto y tenía que morir, ¿qué más daba?

Apretó con suavidad.

El cuchillo penetró hasta el fondo del corazón de Kurzon, causándole un estremecimiento de frío. Sólo fue eso. De repente, Blanchot lo sacó y lo volvió a clavar, ahora con más impulso. Todo el cuerpo de Kurzon sufrió un estremecimiento, y se fue arrugando lentamente, hasta caer a tierra. Pero no llegó a desplomarse del todo. Blanchot lo sostuvo.

Mientras tenía en sus brazos el cadáver, miró a la rubia.

La rubia parecía ahora más alta, más bonita y más peligrosa que nunca. Peligrosa, sobre todo, porque empuñaba una pistola chata en su mano izquierda.

La nena era zurda. Eso fue lo que pensó Blanchot, de una manera mecánica y lejana. Bueno, ¿y qué?

Ella susurró:

—Llévelo dentro.

Señalaba con el mentón el apartamento de primera, junto al cual se encontraban. Blanchot obedeció, dejando al muerto tendido sobre el diván, como si estuviese hundido en un profundo sueño. Luego, volvió a mirar a la rubia.

«Alemana del Norte —pensó—. Muy bonita ahora, pero no valdrá gran cosa, a partir de los cuarenta».

—Muy bien —dijo la rubia—. Voy a tener que saltar del tren,

pero tú te quedarás. Lo siento, idiota...

Blanchot calculó sus posibilidades.

Era un cuarentón con bastante grasa, con muy poca agilidad y carente de reflejos para tomar decisiones instantáneas. No se veía a nadie por los alrededores, nadie que pudiera salvarle. Comprendió que ella tiraría a la cabeza, y que no desperdiciaría la primera bala.

Resultaba estúpido morir allí, en una estación provinciana y tantos años después de terminada la guerra, pero Blanchot ya no podía evitarlo. Cerró los ojos, en una última reacción de miedo.

Y en aquel momento, Joffre y Bentley aparecieron detrás de la rubia, acariciándole delicadamente la espalda con sus cuchillos.

Ella lo notó. Supo que aquellas puntas aceradas se clavarían en su carne como se habían clavado en la de Kurzon. Soltó la pistola suavemente, con un gesto lleno de resignación, y alzó las manos un poco.

—No tanto —pidió Joffre—. No queremos que nadie note que aquí se celebra una reunión social.

—No me matéis... No me matéis como a él. Diré lo que sea.

Joffre susurró:

—Sólo queremos que nos digas dónde está Bronstein.

—No... No lo sé.

—¿Dónde está Bronstein?

—He dicho...

—Tú no has dicho nada, preciosa. Al menos, nosotros no te hemos oído. Vamos a darte una última oportunidad para que nos digas dónde está Bronstein. De lo contrario...

Las puntas de los cuchillos presionaron más sobre el cuerpo de la mujer. Ésta tuvo un estremecimiento de miedo y de repugnancia, porque estaba mirando cara a cara el cadáver de Kurzon.

—Han pasado tantos años —balbució.

—Razón de más para que ahora no dejemos escapar a nuestra presa. Nos hemos pasado media vida buscando a Bronstein.

—No sé dónde...

En aquel momento, un hombre avanzaba por el pasillo.

Era de mediana estatura, más bien bajo, ancho de espaldas, y debía tener unos cuarenta y cinco o cincuenta años.

Vestía una gabardina negra, e iba cubierto con un sombrero del mismo color.

Sus ojos distinguieron el grupo dentro del apartamento. Instantáneamente, se detuvo.

Palpó la granada de mano que en invierno siempre llevaba en la cintura, disimulada bajo las ropas anchas y gruesas. Aquella granada había sido fabricada veinte años atrás, y no había tenido necesidad de emplearla nunca. Ahora, en cambio, iba a servirle.

Pareció preguntarse si una sola bomba podría malar, aunque fuera en tan reducido espacio, a tres hombres y a una mujer.

Sus ojos reflejaron duda. Retrocedió paso a paso.

La mirada paseó por el andén y se detuvo en un carromato mecánico, que estaba cargado de latas de cinco litros. Eran latas de gasolina, y llevaban encima la marca «B P». Al conductor del vehículo no se le veía por ninguna parte.

La estación tenía un aspecto más vacío, más silencioso, más soñoliento que nunca.

Una máquina que hacía maniobras silbó a lo lejos, en la oscuridad, mientras el hombre de la gabardina negra descendía del convoy y retiraba una de las latas de cinco litros.

Subió de nuevo.

La mujer iba a hablar. Estaba asustada, y acabaría diciendo dónde se encontraba él, Bronstein. Tenía que morir, en compañía de los otros.

Se deslizó por el alfombrado pasillo, sin causar el menor ruido, con la lata en una mano y la bomba en la otra. Oía las voces de uno de los hombres diciendo a la rubia que le atravesaría los riñones dentro de un segundo, si no hablaba. Se dio cuenta de que todos estaban pendientes de ella, de su voz, y no le veían a él.

Sus gestos fueron instantáneos.

Desde la primera puerta del apartamento, lanzó al interior la lata, haciendo que quedase en el centro del grupo. Inmediatamente, arrojó la bomba.

Escuchó un grito de estupor, una maldición que no llegó a ser formulada del todo, y enseguida un horrísono estampido.

La bomba hizo estallar la lata de gasolina, que estaba materialmente bajo ella. El líquido se inflamó con un terrible sonido de succión y las llamas envolvieron a la mujer y a los tres hombres.

Uno de ellos, Joffre, intentó salir del apartamento, pero la bomba le había herido, y cayó a tierra. Su espantoso alarido pareció

hacer retremblar el vagón entero.

Bronstein corrió pasillo adelante, con expresión despavorida, mientras gritaba como un loco:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Un vagón está ardiendo! ¡Fuegooo...!

Dos ferroviarios saltaron inmediatamente hacia el lugar del siniestro. Uno de ellos tropezó materialmente con un cuerpo medio consumido por las llamas, y se desmayó igual que si le hubieran dado un golpe en la nuca. El otro empezó a pedir, a grandes gritos, un extintor de incendios.

En la confusión reinante, Bronstein pudo saltar a las vías y desde allí, por una pared baja, llegó a un *camping* cerrado y un pequeño velódromo, que estaban junto a la estación. La carretera principal, deslizándose bajo la catedral de San Pedro, estaba a unos pocos pasos. Bronstein saltó a ella, e incluso se permitió el lujo de fumar un cigarrillo en un bar situado a unos quinientos metros, que estaba abierto hasta la media noche.

Al encenderlo, dijo suavemente, casi con dulzura:

—Fuego...

## CAPÍTULO VII

Para llegar a la frontera finlandesa tuvieron que atravesar una región que no hubiera podido decirse exactamente si estaba ocupada por la tierra o estaba ocupada por el mar. Cientos y cientos de islas, grandes unas, e insignificantes otras, brotaban del agua, dando una sensación de maremágnum, de caos, que llegaba a producir vértigo. Sin embargo, la carretera era buena y sólida, y llegaron a la frontera de Finlandia en un tiempo muy breve, tras atravesar la ciudad de Viborg.

Los guardias fronterizos rusos revisaron los pasaportes, sin obligar a los ocupantes del coche a bajar del mismo. De este modo no pudieron darse cuenta de que uno de los hombres iba herido.

Los pasaportes americanos de Johnny y de Nick pasaron a manos de un oficial alto y rubio, impecablemente vestido, quien los examinó letra por letra.

Mientras tanto, los dos hombres contenían la respiración. ¿Habría alguien comunicado desde Leningrado con la frontera finesa, explicando lo sucedido en el hotel Europa's? ¿Estarían sobre aviso los guardias fronterizos rusos?

En todo eso, el aviso que ellos tanto temían, podía llegar en cualquier momento.

Sonó el teléfono en la caseta de los guardias fronterizos. Uno de ellos salió para avisar al oficial.

Éste pidió:

—Perdonen.

Se introdujo en la caseta, y se le oyó hablar por teléfono. Sólo decía *Da, da, da...* es decir, se daba por informado de algo que le explicaban desde el otro lado de la línea, seguramente desde Leningrado. Johnny comprendió que tenía que ser el aviso de lo sucedido en el hotel. La advertencia para que no dejase huir a dos hombres con aspecto de americanos, uno de los cuales debía ir

herido.

Johnny acarició instintivamente la culata de su pistola, mientras apretaba los labios, sin darse cuenta.

—Dos disparos me bastarían para tener vía libre —susurró al oído de la muchacha—. Podríamos llegar en diez minutos a la frontera de Finlandia.

—No hará eso.

—No pensaba tirar a matar —aclaró Johnny—. Sólo herir a estos que están delante, para que se quiten de en medio.

—Son compatriotas míos.

—Pues si a ese compatriota tuyo —dijo Johnny, señalando hacia la caseta—, le están explicando lo ocurrido en Leningrado, vamos todos listos, preciosa.

En aquel momento el oficial salió.

Sus facciones seguían impasibles, y no dirigió al coche una sola mirada.

—¿Alguna anormalidad? —preguntó la muchacha—. Ya sabe que los periodistas somos muy curiosos.

—No. Una simple cuestión de aduanas. Se teme que por aquí pase un importante cargamento de drogas, pero tenemos localizados a los que las transportan.

El suspiro de alivio de los tres, cuando el oficial les tendió los pasaportes, debió oírse al otro lado de la frontera.

—Gracias, pueden pasar.

Dirigió una sonrisa a la muchacha.

—Buena suerte, *tovarich* [9].

El coche rodó por la tierra de nadie hasta territorio de Finlandia. Allí las formalidades fueron menores aún, al explicar que viajaban de tránsito. El potente «Fiat 2300» se puso a volar materialmente hacia Helsinki, hacia la capital.

Cuando llegaron a ésta, la muchacha rusa dijo que podía proporcionar un médico de confianza a Nick. Conocía a uno que vivía cerca del Estadio Olímpico, y que ya había ayudado, en casos similares, a algunos compatriotas suyos. Era miembro del partido, y no les cobraría nada. Bastaría que ella respondiera por el herido.

El médico vivía en una casa de dos pisos, construida con ladrillo rojo, y por cuyas paredes trepaban unas plantas mustias y de color pálido. Tenía un consultorio un poco pasado de moda, donde la

mayoría de los instrumentos recordaban la época de Pasteur y de Koch, pero su mirada era clara e inteligente.

Examinó a Nick con atención, tras hacerle desnudar la cadera herida.

—¿Cuánto hace que le alcanzaron?

—Cinco horas, quizá algo menos. ¿Es grave?

—Por suerte, ha perdido mucha menos sangre de lo que es normal en estos casos. No, la herida no me parece grave. Lo único que deberá hacer, después de mi cura, será guardar cama durante unos siete días.

—¿Cama? ¿Por qué? ¡Me encuentro perfectamente!

—Ahora tiene esa sensación, pero dentro de unas horas se derrumbará verticalmente. Lo que en este momento le sostiene son los nervios, y su misma ansiedad por vivir, amigo. Haga lo que le he pedido: En Helsinki hay algunos buenos hoteles, donde uno puede pasar una semana cómodamente.

Nick casi gritó:

—¡Pero ahora no puedo! ¡Tengo un trabajo que por fuerza debo terminar! ¡Ahora que lo he empezado, debo llegar hasta el fin!

Johnny susurró:

—Lo continuaré yo.

—No podrás. Tú solo no podrás.

—Claro que podré, Nick.

—Un hombre sólo es incapaz de cubrir toda Europa.

—Olvidas que hay tres más. Te olvidas de Blanchot, Joffre y Bentley.

—Esos trabajan como auxiliares. En cierto modo, no pueden moverse de los límites de Francia.

Johnny hizo un gesto suave, pasando la derecha por el hombro de su amigo, y susurró:

—No olvides que aún soy tu superior, Nick. Un superior un poco teórico, pero que, al fin y al cabo, es el que debe tomar las decisiones. Te quedarás en Helsinki durante una semana, hasta que yo te avise.

La mueca con que Nick curvó los labios hacia abajo, hubiera podido servir para una imagen de la desesperación.

—¿Qué debo contestar? —susurró al cabo de unos instantes—. ¿Debo contestar: A tus órdenes?

—Creo que en este momento es lo que debes hacer, muchacho.

El médico susurró:

—Yo no sé cuál es su trabajo ni lo que han venido... buscar a Finlandia, pero únicamente digo, como mélico, que si este hombre no es debidamente atendido, estará mucho peor dentro de una semana. Y entonces ya no habrá quien responda por él. Sabido eso, hagan lo que les parezca.

Nick se resignó, aunque sus manos crispadas indicaban bien claramente el dolor que sentía.

—Está bien —masculló—. Llevadme donde sea.

Lo instalaron en un hotel situado cerca del Parlamento, desde el cual se divisaba un amplio panorama de casas bajas y cúpulas doradas. Johnny dejó a su amigo dinero suficiente, una pistola cargada y dos cápsulas de veneno, y aquella misma tarde partió con la muchacha hacia el aeropuerto de Helsinki.

Allí alguien les vigilaba. Ellos no lo sabían aún, pero alguien estaba tras sus huellas.

El aeródromo de Helsinki —que ostenta su nombre en los dos idiomas usados en el país, o sea el finés y el sueco—, no tiene más instalaciones que unos edificios bajos y casi insignificantes, pero modernos, donde todo es funcional, y habla de las limitaciones de un país que se mantiene independiente casi por milagro, y donde nada sobra.

El hombre que llegó tras ellos, en un taxi, era bajo, grueso, y tenía la cabeza con una curiosa forma de huevo. Iba bien vestido, y su sonrisa bobalicona inspiraba confianza.

Llevaba un paquete bien atado en la mano derecha, y una monumental caja de bombones en la izquierda.

Lo primero que hizo, mientras Johnny y la muchacha buscaban dos pasajes para Estocolmo, fue preguntar si podía facturar el paquete para la capital sueca, y precisamente en el primer avión que saliese.

—Imposible, señor. La carga ya ha sido pesada y comprobada. Ya no podemos admitir nada más.

—Entonces, ¿no podría adquirir un pasaje para llevarlo yo mismo?

—¿Tan importante es? ¿No puede enviarlo en el avión que saldrá mañana?

—Es importantísimo. Necesito que el paquete esté en Estocolmo esta misma tarde.

—Bueno... —La empleada sonrió—. Le resultará todo un poco caro, pero puedo darle la última plaza que me queda libre. Había tres. Ese caballero y esta señorita acaban de adquirir las otras dos.

Señalaba con el mentón a Johnny y a la muchacha rusa, que se deslizaban por el pasillo que conducía a las pistas.

El tipo gordo susurró:

—Hum... Deliciosa chica.

Abrió la caja de bombones, y se puso a comerlos dejadamente, mientras les seguía.

Nadie hubiera sospechado que aquel tipo grueso, con cara de huevo y aspecto de felicidad, pudiera ser un emisario de la propia muerte.

## CAPÍTULO VIII

El comisario Billancourt, de la Sûreté Nationale, examinó los objetos cuidadosamente ordenados y numerados sobre la mesa.

Los cadáveres estaban a poca distancia de allí, y ocupaban un espacio increíblemente pequeño. La verdad era que los cinco cabían en una sola mesa. Estaban ya irreconocibles, y despedían un hedor espantoso a goma quemada. No se podía adivinar, por sus posturas, si habían sufrido o no en sus últimos momentos, porque ya no tenían forma humana. El comisario Billancourt, que había visto algunos accidentes de aviación, se sobrecogió, sin embargo, ante este espectáculo.

Los dos agentes que le acompañaban estaban sudando, y habían palidecido, señal evidente de que podían caer redondos al suelo, de un momento a otro.

Billancourt susurró:

—¿Es eso todo lo que queda?

—Todo, señor.

—¿Qué han dicho los peritos sobre las causas del incendio?

—No han emitido un informe definitivo, porque medio vagón estaba achicharrado, señor. Pero parece que la cosa se provocó. Previamente, alguien había robado una lata de gasolina de un transporte de «B P» y hay testigos que oyeron el estallido de una bomba.

—¿Alguna detención?

—Nada, señor.

Billancourt gruñó:

—Pues sí que nos hemos cubierto de gloria...

—Una de las víctimas era una mujer, comisario. Una alemana rubia, alta y estupenda.

El comisario volvió la cabeza. Sus ojos se habían nublado.

«¿Cuál de esos cuerpos será el de la mujer?», pareció

preguntarse. Luego, hundió los hombros y volvió deliberadamente la espalda a la mesa.

—Veamos los objetos —susurró.

Éstos eran muy vulgares. Lo que cuatro hombres y una mujer pueden llevar sobre sí, un día cualquiera con excepción de las cuatro pistolas y el cuchillo, cuyo metal había sido respetado por el fuego.

El comisario hizo notar las marcas.

—Una «Mauser», una «Astra», una «Browning» y una «German Luger». Bonito catálogo. Anote los números Pierre.

—Esto da toda la sensación de un atraco, comisario.

—No. Da la sensación de algo mucho más serio.

—¿Más serio que un atraco?

—Sí, Fierre. Mucho más.

—¿Por qué?

—Ese cuchillo.

Los ojos de los tres hombres fueron hacia él. Por la ventana entraba una luz suave, nostálgica, que parecía haberse dulcificado al contacto con las piedras medievales de Angulema. Desde la catedral vino un tañido lejano y dormido, que también parecía llegar desde el fondo de otra época.

Un último rayo de sol se reflejó sobre el cuchillo y sobre la inscripción grabada en él:

### «SANGRE Y HONOR»

—¿Qué significa ese cuchillo? —preguntó el agente Pierre.

—Lo llevaban los SS alemanes durante la guerra, Era una especie de distintivo. Esta clase de cuchillos, con los que se han cometido infinidad de crímenes, son muy buscados por los coleccionistas.

—Pero no me hará creer, comisario, que, por conseguir uno de ellos, alguien achicharró a cuatro personas y envió al diablo medio vagón de tren. Han pasado ya veinticuatro horas, y aún no lo comprendo.

—No —dijo el comisario—, no creo que nadie armase tanto escándalo por un cuchillo. Pero uno de los muertos lo llevaba y además...

Se volvió y señaló otra mesa al fondo. Allí reposaba un nuevo cadáver que, a causa de haber estado tendido sin duda sobre el

diván del departamento incendiado, no había sufrido tan directa y brutalmente el contacto de las llamas. Se le podía reconocer, y Billancourt había visto ya que su corazón estaba atravesado por una cuchillada.

—Me parece que no se puede negar la relación entre ambas cosas —dijo—. A este hombre lo liquidaron con esta hoja de acero. Era un antiguo SS, porque hemos encontrado el tatuaje en su piel; el que lo liquidó debió ser una de sus víctimas de hace varios lustros. Existe algo inexplicable en todo esto; algo que me hace pensar que la verdadera historia empezó hace más o menos veinticinco años...

## CAPÍTULO IX

El tipo grueso y con cara de huevo que había tomado el avión en Helsinki se retrepó en su asiento y se dedicó a contemplar el paisaje por la ventanilla, mientras comía delicadamente bombón tras bombón de la monumental caja que se había puesto sobre las rodillas.

El avión se deslizaba ahora sobre un paisaje no mu; distinto al de la frontera ruso-finesa.

Docenas y docenas de islas que apenas emergían del agua, produciendo la sensación de que nunca se sabría dónde terminaba la tierra firme y dónde empezaba realmente el mar.

Las aguas estaban quietas, y se mostraban asombrosamente limpias. Causaban la sensación de haber sido creadas exclusivamente para el recreo de los poetas.

Johnny y la muchacha que le acompañaba ni siquiera se habían fijado en aquel hombre.

Estaba situado dos asientos delante del suyo. Ellos ocupaban los dos de la última fila, junto a los departamentos de servicios, donde maniobraba la azafata.

Johnny encendió un cigarrillo, después de ofrecer a la muchacha, que no aceptó. Las facciones del hombre se habían dulcificado un tanto, después de la tensión de las últimas horas. En estos momentos parecía más joven y menos rígido. Ella se dio cuenta de que antes le había parecido una máquina que sólo servía para pelear y matar, pero ahora era distinto.

Por su parte, Johnny también la miraba.

Ella vestía con más elegancia que sus compañeras usas, es decir, vestía como una muchacha occidental. Sin embargo, no había el menor síntoma de coquetería en su atuendo ni en su rostro, pues iba sin pintar, no llevaba ningún maquillaje, y sus cabellos cortos estaban peinados sin ninguna clase de artificiosidad. Era eso mismo

lo que la hacía parecer más joven, más natural y más fresca. Comparada con algunas señoritas occidentales, aquella mujer tenía un encanto que resulta difícil de explicar, pero que saltaba a los ojos y al corazón como una misteriosa llamada.

Johnny susurró, de modo que no lo oyese desde los asientos vecinos:

—Hemos vivido una extraña aventura juntos, y sin embargo, no nos conocemos. Supongo que ahora me podrás decir tu nombre.

—Me llamo de una forma muy sencilla. Me llamo Elena.

—¿Puedo llamarte Ellen?

—¿Es que te suena mejor así?

—Me será más fácil pronunciarlo.

—Como quieras. Puedes llamarme Ellen, mientras no me conviertas en una muchacha americana.

—¿Por qué no?

—Los americanos sois despreciables y ridículos.

—En algunos aspectos, lo somos, pero no en todos. Además, no voy a discutir eso, Ellen. Te debo tanto que no me sería posible enfadarme contigo, aunque quisiera.

—¿Qué es lo que me debes?

—¿Te parece poco? Me has salvado la vida...

—No tanto. Hubieras sido juzgado, desde luego, pero con todas las garantías. No vayas a creer que te hubieran condenado a muerte.

—De todos modos, hubiera sido un buen compromiso. —Giró la cabeza y preguntó, mirándola directamente a los ojos—: ¿Por qué me ayudaste, Ellen?

—Los dos estábamos haciendo el mismo trabajo.

—¿A qué trabajo te refieres?

—Bueno, no es hora de disimular —sonrió ella—. A estas alturas, sería ridículo. Yo también buscaba a Brenner.

La noticia causó sorpresa a Johnny, pero la disimuló muy bien. Sus facciones siguieron impasibles.

—¿Para qué buscabas a Brenner?

—Quería arrancarle el actual paradero de Bronstein.

—¿Bronstein?

—No me digas que no le conoces —musitó la rusa, mientras le miraba también directamente a los ojos.

—¿Para qué negarlo?

—De todos modos, yo te explicaré su historia, por hay algo que aún no sepas —dijo Ellen con suavidad, desviando la mirada—. Bronstein perteneció a los grupos de acción de Hitler, desde la primera época del nazismo. Alcanzó altos mandos en la SA y luego en la SS. Desde los años iniciales de la guerra fue encargado de la dirección de importantes secciones en los campos de exterminio, como ayudante de Eichman.

Miró por la ventanilla, que quedaba a su derecha, y luego añadió pensativamente:

—Él es responsable de la muerte de millones de seres inocentes, como lo fueron Eichman, Möller o Irma Greese, Martín Borman o Heinrich Himmler. Pero así como algunos de ellos fueron ahorcados o se suicidaron, otros lograron esquivar la ley. Entre ellos ocupa Bronstein un lugar destacado, no porque tuviera cargos políticos importantes, sino por su ferocidad, demostrada a lo largo de los terribles años de la guerra.

—¿Se acusa también a Bronstein de la muerte de muchos rusos? —preguntó suavemente Johnny.

—Muchísimos. Fue jefe de Unidades Especiales en el Este durante el año 1943, quizá el más terrible para mi pueblo.

—¿Tu Gobierno te ha encargado buscar a Bronstein?

¿A ti, casi una chiquilla?

Ella dijo casi orgullosamente:

—¡Tengo veintiún años, y, a partir de los dieciocho, mujeres rusas somos mayores de edad!

—Pero ¿has sido encargada de buscar a Bronstein?

—No.

—Ya lo imaginaba. Además, tú no debiste sufrir, a causa de tu edad, aquellos terribles años.

—Sin embargo, los conozco. Los conozco muy bien.

—¿Cómo periodista?

—Como algo más que eso. El profesor Sidoslav, de la Universidad de Kiev, estaba escribiendo un libro histórico, de gran rigor científico, sobre las organizaciones nazis después de la guerra. Interrogó a centenares de personas, empleó meses enteros consultando libros y más libros, y al fin llegó a la conclusión de que Bronstein, junto con otros antiguos nazis, estaba vivo. ¡Y entonces, murió asesinado! ¡Una noche, en su propio despacho de la

Universidad, le aplastaron, a golpes, la cabeza!

Johnny no se impresionó ante eso. Se había movido entre crímenes, desde que nació. Se limitó a tomar nota del hecho.

—¿Qué relaciones te unían al profesor Sidoslav?

—Yo tomaba al dictado su libro.

—Comprendo que le hubieras tomado cariño —dijo Johnny pensativamente—. Pero ¿justifica eso que pretendas vengarle, metiéndote hasta el cuello en uno de los ambientes más siniestros del mundo?

—No es sólo eso.

—¿Es que hay más?

—Sí. Él debía dictarme el texto porque no tenía manos... ni ojos. Los nazis le arrancaron ambas cosas en 1943, para obligarle a declarar dónde estaban ocultos mi madre y mis hermanos. Sidoslav no habló. Yo hubiera dado mi vida por él, y aún no hubiera dado bastante para pagar lo que entonces hizo. Todos los libros que consultaba debían serle leídos por otra persona, a pesar de lo cual los recordaba perfectamente. Yo cuidé de él... hasta la madrugada en que lo encontré muerto sobre su mesa de trabajo.

Johnny miró con más atención a la muchacha.

De repente, ya no le parecía tan niña. Supo leer en sus ojos la madurez de la persona que ya nació sufriendo.

Sin saber bien por qué, su mano fue al encuentro le una de las de Ellen. La estrechó suavemente.

Fue un momento.

—¿Te ocupas de esto por tu propia cuenta? —preguntó.

—Sí. Mi profesión y mis viajes por el extranjero me permiten tener siempre material de primera mano. Quiero terminar el libro que Sidoslav dejó inconcluso... ¡y quiero que Bronstein pague por lo que hizo! ¡Porque fue él, sólo él, quien cometió el crimen!

—¿Crees que Bronstein se hubiera atrevido a entrar en la mismísima Unión Soviética?

—Desgraciadamente, sí. Han transcurrido muchos años, y tiene numerosas amistades y varios pasaportes. ¿No se ha atrevido también a entrar en Estados Unidos?

—Cierto. Hay orden de busca y captura contra él, por inmigración ilegal —reconoció Johnny.

—¿Eres tú el encargado de hacerla cumplir?

—No. Yo estoy de vacaciones.

Ellen le miró mejor, como si no le creyese.

—¿Vacaciones? ¿Qué clase de vacaciones de sangre son las que estás haciendo?

—Nick y yo tenemos amigos franceses. Tres amigos franceses llamados Blanchot, Joffre y Bentley. Los tres sufrieron, bajo Bronstein, cuando éste dirigía el campo de concentración de Drancy, en París, durante la ocupación alemana. Los tres perdieron a sus hijos, a sus familias, lo perdieron todo. Juraron vengarse, y nos pidieron ayuda a Nick y a mí, al conocernos durante una investigación en Francia. Entonces intervino también una cierta agencia de Tel Aviv. Todos pedimos las vacaciones en el mismo mes. Unas vacaciones que habíamos de emplear... ¡en sembrar la muerte!

Ellen reflexionó unos momentos, con la mirada perdida en el techo del avión, Su expresión se había vuelto grave, y, de repente, parecía haber envejecido.

Musitó:

—Os ayudé porque sabía que habías matado a Brenner y porque adivinaba que estábamos unidos en la misma empresa. Pero esta situación es muy extraña. A veces, pienso en ella, y no acabo de convencerme de que todo esto sea realidad.

En aquel momento, el tipo grueso con cara de huevo terminaba el último bombón de su caja.

Los bombones era lo que más le gustaba en el mundo.

Su última comida.

Se levantó, con aspecto satisfecho, y fue el departamento de servicios. Calculaba que aún podía contar con unos cinco minutos.

En aquel momento, Ellen dijo:

—Tengo sed. Pediré algo a la azafata.

—No te molestes en llamarla —sonrió Johnny—. Estamos junto a la puerta. Yo mismo te lo traeré.

Fue una pura casualidad.

Lo pensaría cien veces en el minuto siguiente: Una pura casualidad. Entró detrás del tipo con cara de huevo, y, de repente, cuando estaba a solas, este extrajo un cuchillo.

Lo hizo cuando aún estaba de espaldas a Johnny, sin que éste lo notara. De repente, se volvió como una centella, y Johnny vio la

muerte brillar en sus dedos. Con un gesto instintivo, puramente maquinal, practicado cien veces durante los entrenamientos, se ladeó. La hoja de acero pasó rozando su traje, y chocó lúgubremente contra el metal de la puerta.

Durante unas décimas de segundo, los dos hombres, situados a medio metro uno de otro, se miraron.

Latía el estupor en los ojos de Johnny y la desesperación en los del tipo con cara de huevo. Johnny comprendió que aquel hombre había creído que le estaba persiguiendo, y por eso actuaba así. Pero en todo caso, ya no quedaba tiempo para sacarlo de su error. ¡Había empezado una lucha a muerte!

El cuchillo se movió de nuevo. Era afilado, delgado y largo como un estilete. Johnny no se limitó a ladearse esta vez, sino que sujetó la muñeca derecha de su enemigo. Éste lanzó un alarido, mientras en el estrecho espacio de la cabina, crujían sus huesos.

La azafata no debía de estar allí, sino en el departamento de los pilotos. Los dos hombres se enfrentaban solos a una lucha sin piedad y sin cuartel, lucha que, por el momento, Johnny no entendía. Se dio cuenta de que no tenía espacio para voltear a su enemigo y romperle el brazo. Éste jadeaba, apoyándose en los tabiques metálicos, y aumentando así su resistencia.

No se dieron cuenta de lo que sucedía realmente hasta que la puerta cedió bajo su terrible empuje. Los dos cayeron sobre el pasillo, entre los gritos y denuestos de los pasajeros. El cuchillo rasgó esta vez todo un lado de la americana de Johnny, dibujándole una herida poco profunda, pero extensa en el pecho.

El gordo consiguió ponerse en pie.

El cuchillo trazó un alucinante zigzag, al tratar de clavarse hasta el fondo, en el vientre de Johnny, pero éste logró mover las piernas a tiempo. Después de encogerlas, las proyectó con todas sus fuerzas contra el estómago de su enemigo. Éste recibió el impacto de lleno, y lanzó un grito ronco, al caer cerca del asiento que antes ocupara.

El cuchillo resbaló entre sus dedos.

Johnny voló hacia él, pero el espacio seguía siendo demasiado exiguo, y no le permitía maniobrar a gusto. Rodó por tierra, sin alcanzar a su enemigo, mientras éste se abrazaba al paquete que había dejado a los pies de su asiento.

—¡No lo cogerás! ¡No lo cogerás!

Demasiado tarde, Johnny comprendió lo que sucedía.

Sus ojos se dilataron de asombro.

Le parecía increíble, absurdo, loco, pero estaba sucediendo...  
¡estaba sucediendo ante sus propios ojos!

Dio un puntapié al gordo, y consiguió que el paquete resbalara entre sus dedos. Lo tomó con una mano y con la otra inició una maniobra desesperada: ¡Abrir, en pleno vuelo, la salida de emergencia!

Lanzó el paquete con todas sus fuerzas.

¡Y en este momento, el paquete estalló!

## CAPÍTULO X

Nick se sentía a gusto.

Llevaba pocas horas en el hotel, pero estaba satisfecho del trato, de la habitación, desde la que se dominaba un tranquilo paraje de Helsinki, y de la camarera finlandesa que le habían asignado. Una camarera que parecía el anuncio de unas olimpiadas, por lo magníficamente construida, lo alta y lo apetitosa.

Nick, aun estando herido, pensaba cosas así, el muy bestia.

Después de descansar recibiendo los tibios rayos del vespertino, se sentía infinitamente mejor, y se alegraba de no haber acompañado a Johnny y a aquella extraña muchacha rusa. Al fin y al cabo, aquélla era una aventura que no sabían dónde podría llevarles. Éstas eran sus vacaciones. ¿No resultaba justo que al menos pasara una mínima parte de ellas convaleciendo en un hotel?

El vendaje aplicado por el médico, junto con una faja que le ceñía la cadera, le hacían sentirse infinitamente mejor. En pijama, se puso en pie y buscó el batín de seda que había mandado comprar, poco antes de dormirse. Mientras se lo estaba poniendo, y mientras silbaba una nostálgica cancioncilla del Sur, entró la camarera.

El monumento finlandés, como ya la llamaba Nick para sí mismo.

Ella dijo en ruso, pues desde el primer momento se habían entendido en ese idioma:

—Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, preciosa. ¿A qué debo el alto honor de tu estupenda presencia?

—Es la hora del té.

—Yo nunca tomo té, pero si tú me lo sirves, me beberé aunque sea el agua de una locomotora.

—Nuestro té es delicioso, señor.

Ella salió un instante de la habitación, para volver a entrar con un carrito donde reposaba un servicio completo de té. Las delicadas tazas eran de porcelana de Crimea, pintadas a mano, y el agua bullía alegremente, junto a las pastas, la mermelada y unos panecillos tan minúsculos que parecían de juguete. Nick contempló todo aquello de una sola ojeada, pero necesitó dos ojeadas para abarcar toda la espléndida anatomía de la muchacha finlandesa, que, al inclinarse, dejó al descubierto unas suaves curvas capaces de marear a cualquiera menos impresionable que Nick.

Éste preguntó una cosa completamente vulgar. La verdad es que no se le ocurría nada más.

—¿Tienes novio?

—Yo soy una muchacha libre, señor.

—¿Del todo?

—Enteramente, señor.

—¿Es que aquí los hombres no tienen ojos?

—Sí, pero son poco decididos.

Nick se daba cuenta de que aquel diálogo era perfectamente vulgar, al menos por su parte, pero maldito si eso le importaba.

—¿Qué ocurriría si algún día te tropezases con un, hombre decidido de verdad?

—No lo sé, señor. Nunca me ha ocurrido.

Intencionadamente, le dio la espalda. La verdad era que hasta aquel momento Nick no había pensado que las finlandesas pudieran ser tan hermosas. Más bien las tenía por mujeres un poco toscas, demasiado rubias, demasiado blancas, un poco pasadas por agua. Pero ésta era distinta, caray, muy distinta. Nick se olvidó por completo de su herida, al ceñirla por la cintura.

Ella se volvió suavemente, sin un gesto brusco, pero también sin una vacilación.

Nick vio sus ojos muy cerca. Ella tenía unos ojos fríos, demasiado transparentes, demasiado hermosos, pero en los cuales no podía leerse la menor emoción.

—¿Señor?... —preguntó.

—No me llamo señor, sino Nick.

—Esto no está comprendido en el servicio, Nick.

—¿No puede pedir un buen cliente algún extra?

—Depende...

Nick, habitualmente un hombre frío, se daba cuenta de que estaba perdiendo la cabeza.

Ya sabía que a veces las heridas y la fiebre producen una especie de exaltación peligrosa, una exaltación que tiene mucho en común con la producida por el alcohol. Pero Nick tenía la sensación de que aquella mujer le hubiera mareado, incluso en las condiciones más normales del mundo.

Se movió un poco, mientras la abrazaba más estrechamente.

Buscó sus labios.

Ella se movió también un poco, como si fuese a colaborar en el ceñido abrazo.

Nick la besó con ansia, con ímpetu, sin sentir otra cosa que no fuera la atracción irresistible de los labios de la mujer.

No, no sintió nada más.

No se dio cuenta de que el estilete le penetraba por la espalda hasta el fondo de su corazón, que se hinchaba en él como una aguja venenosa.

De pronto, sus labios se entreabrieron.

La respiración se le cortó.

Dio dos inútiles manotazos al aire, mientras boqueaba con angustia, y la mujer le clavó de nuevo el estilete, ahora por delante.

Lo hizo con frialdad, casi con elegancia, como el que realiza un trabajo que no tiene demasiada importancia, pero para el cual se ha preparado durante mucho tiempo.

Sabía que las dos heridas habían sido mortales, pero aun así, las remachó con un tercer golpe, que partió la carótida del hombre.

Los ojos de Nick, en el momento de morir, sólo reflejaban una cosa: asombro. Un asombro invencible, superior al miedo instintivo a la muerte.

Cayó de espaldas, mientras la sangre empapaba poco a poco la alfombra blanca de la habitación, tiñéndola de rojo.

La mujer puso el estilete bajo el grifo del lavabo, que abrió valiéndose de un pañuelo, para no dejar huellas. El agua cayó a chorro sobre el arma, borrando también todas las huellas que pudiera haber en su empuñadura. La mujer no se preocupó de cerrar el grifo.

Salió de la habitación. El limpio, el pulcro pasillo de aquel hotel de Helsinki, estaba completamente vacío. Avanzando sobre sus

altísimos tacones, abrió otra puerta situada a varios metros más allá. Era una puerta del departamento de servicio, tras la cual yacía en el suelo, atada y maniatada, una mujer vestida de blanco.

No era tan hermosa, ni mucho menos, como la que acababa de matar a Nick, pero, en cambio, era la auténtica camarera de aquella zona del hotel.

La preciosa hembra del estilete se limitó a mirarla con sus ojos claros, fríos, transparentes e inhumanos. No la tocó siquiera. Cuando se convenció de que la camarera no significaba ningún peligro, salió cerrando la puerta tras ella, y se dirigió hacia el ascensor tranquilamente.

## CAPÍTULO XI

La carga explosiva había estallado en el momento en que él abría una de las puertas de emergencia en pleno vuelo, logrando lanzarla al exterior. El estallido fue horrísono, y se llevó por delante casi todos los cristales de aquella parte. Parte del ala también fue arrancada. El aparato se bamboleó trágicamente, mientras el piloto hacía terribles esfuerzos para dominarlo.

Si la carga llega a estallar dentro, la catástrofe habría sido segura. Al estallar junto al aparato, pero fuera, las consecuencias no fueron tan graves. Por lo menos, no fueron absolutamente irremediables. Aun con el avión muy averiado, el piloto pudo intentar un aterrizaje de emergencia. Tampoco llevaba demasiada altura, en ese momento. Patinó hacia un lado, y pareció lanzarse de flanco hacia un bosque.

Las alas chirriaban siniestramente.

Parecía como si fueran a saltar de un momento a otro, en cuyo caso el avión se desintegraría en el aire.

El bosque se acercaba más y más.

Los pasajeros chillaban, enloquecidos.

Algunos se habían desmayado, lo que era mejor para ellos. La azafata intentaba imponer serenidad, pero ella misma estaba aterrorizada. Los únicos que allí conservaban más o menos el dominio de sus nervios eran el piloto, Johnny... y el gordo con cara de huevo que había organizado toda aquella catástrofe.

Curiosamente, el gordo no estaba asustado.

Desde que subió al avión, sabía que iba a morir.

Había tratado de facturar el paquete a Estocolmo para liquidar a Johnny y a todos los demás pasajeros, pero cuando no pudo llevar a cabo su plan, se resignó él mismo a ser una víctima. Debía estar fanatizado por algo. ¿O drogado? Johnny no había acabado de entenderlo aún.

El caso era que el tipo estaba muy tranquilo. No temblaba entre sus brazos. Sólo sus ojos se desencajaban, porque Johnny, valiéndose de dos dedos únicamente, le estaba estrangulando en el pasillo del avión.

Mientras tanto, éste se había enderezado.

Parecía tener bajo sus alas un inmenso campo de avena, en el que tal vez podría aterrizar.

Johnny masculló:

—¡Habla, maldito! ¡Habla, condenado puerco! ¿Quién te ha enviado? ¡Habla!

El gordo no contestó. Su boca se doblaba ahora en una mueca de sufrimiento.

—¿Ha sido Bronstein? —farfulló Johnny.

—No...

—¿Pues, entonces, quién? ¡Dilo, maldito, dilo!... ¡Habla de una vez, o te rompo el cuello!

El otro jadeó:

—Sí... Ha sido... Bronstein... Pero no sabrás dónde está... No sabrás nada más...

Johnny aflojó un poco la presa.

No quería matarle allí.

Lo guardaría para interrogarlo más adelante. Y aunque tuviera que sacarle las tripas con un aspirador, le haría contar todo lo que sabía. Johnny conocía procedimientos que le habían enseñado los chinos, los más refinados verdugos del mundo. ¡Vaya si el gordo hablaría!...

Pero al aflojar la presión, permitió algo que hasta entonces la salvaje fuerza de sus dedos no había permitido.

El gordo pudo mover la garganta.

¡Y tragar!

Johnny se dio cuenta demasiado tarde de que su enemigo tenía entre los labios una cápsula de veneno. La había mordido, y estaba tragando su contenido ya. Seguro que era un veneno fulminante, un derivado del ácido prúsico, uno de esos combinados que liquidan a un hombre en cuestión de segundos.

Lanzó una salvaje maldición.

El tipo se le escapaba entre las manos.

Se le «iba»...

Pero ya no podía evitarlo. Vio que sus facciones se ponían tensas. Que sus ojos se dilataban, presagiando la muerte.

Johnny no pudo pensar más. Nadie pudo pensar tampoco. En ese momento, el avión entró en contacto con el suelo, y patinó sobre él. El tren de aterrizaje se rompió. El avión dio una vuelta completa sobre sí mismo, y se partió en dos, quedando a un lado la cabina casi entera, y al otro el plano de cola. Éste empezó a arder. Los motores, casi milagrosamente, se mantuvieron intactos.

El piloto, con las facciones bañadas en sangre a causa del golpe, apareció por la puerta que daba a la carlinga.

—¡Pronto! ¡Salgan todos! ¡Todooooos! ¡Esto puede estallar de un momento a otro!

Como una de las puertas de emergencia ya estaba abierta, muchos pasajeros saltaron por allí. Otros descendieron directamente por el hueco del plano de cola. El caso fue que un minuto después ya no quedaba nadie en el avión siniestrado, que extrañamente se mantenía intacto, sin que sus motores ni sus depósitos estallaran.

Desde luego, había sido un aterrizaje perfecto.

Pero Johnny, mientras cerraba los ojos, murmuró para sí mismo: «Hemos tenido una suerte loca...»

Él tenía mucha experiencia en aquella clase de trompazos, y sabía que, de diez veces, ocho, un avión, en aquellas circunstancias, se hubiera incendiado achicharrándolos a todos.

Saltó en último lugar llevando el cadáver sobre los hombros. Lo depositó en tierra, y ayudó luego a sacar los cuerpos de las numerosas personas que se habían desmayado.

Sobre todo, mujeres.

Había mujeres de todos los tipos y todas las edades, tumbados por el suelo del avión.

Pero sobre todo, viejas.

Lástima.

Cuando todos estuvieron a salvo, pues no se había producido ningún muerto, a excepción del gordo cara de huevo, aunque sí numerosos heridos, el telegrafista intentó ponerse en contacto con la base más próxima, para que les prestaran auxilio. Mientras tanto, el comandante del avión se acercó a Johnny.

Contempló el cadáver con los labios apretados.

—¿Sabe que ha estado a punto de originar una catástrofe? —

murmuró—. ¿Puede explicarme esto?

Johnny extrajo su credencial. Era una credencial diplomática, que naturalmente no le identificaba para nada como miembro del Servicio Secreto. Tampoco tenía ningún valor allí, en territorio sueco, pero al menos era algo en qué apoyar sus palabras. La credencial le acreditaba como primer secretario de Embajada.

El piloto la leyó, y se la devolvió.

—¿Y ése? ¿Quién es?

—No lo sé aún.

—¿Qué intentaba hacer?

—Ya lo ha visto: Volar el aparato.

—Pero él mismo hubiera sido una víctima...

—Por descontado que sí. Pero era un fanático. Se jugó la vida por defender a alguien.

—¿A quién?

—A un hombre llamado Bronstein.

—Jamás oí ese nombre en mi vida.

—Ni hace falta. Pero no es la primera persona que muere a causa de ese buitre. Y yo creo tener ya una idea muy clara sobre esta cuestión.

—¿Qué idea?

—Espere —dijo Johnny.

Y desgarró una de las mangas de la americana del muerto, desgarrando también la camisa para dejar al descubierto el brazo derecho y parte del hombro y el pecho del mismo lado.

No aparecía ningún tatuaje de los que eran obligatorios entre los militantes SS. Pero una parte bastante extensa de la piel estaba completamente abrasada con ácido sulfúrico. Era una quemadura salvaje, aunque ya muy antigua. El gordo debió hacérsela en un momento en que no estaba tan gordo, y en que no tenía tantos años encima. Un momento en que era menos doloroso quemarse que pasar por el pelotón de ejecución del ejército soviético.

Sencillamente, se había quitado así el tatuaje que le acreditaba como un SS. Pero para Johnny las cosas estaban claras.

El piloto seguía mirándole con los labios apretados.

También había comprendido.

—Un fugitivo —murmuró—. Uno de esos hombres que en muchos países aún siguen condenados a muerte.

—Sí.

—¿Usted le perseguía?

—No precisamente a él, pero sí a su jefe. Su jefe es el tipo llamado Bronstein.

—Y él ha querido eliminarle...

—Así es. Aunque mi eliminación significara también la de cincuenta o sesenta pasajeros.

Registró al gordo, mientras hablaba.

Éste no llevaba encima más que una cantidad bastante elevada de dinero, lo cual significaba que aquellos tipos estaban lejos de encontrarse en la miseria. Johnny había oído decir muchas veces que los antiguos nazis estaban apoyados por determinadas personalidades financieras de Alemania Federal, las cuales les entregaban dinero... a manos llenas. Tampoco al partido hitleriano de Von Thadden le había faltado dinero jamás. Claro que éstos eran una minoría de alemanes, pero tremendamente poderosos.

En todo caso, el gordo iba bien pertrechado.

También llevaba dos cápsulas más de veneno, aparte la que le había matado. Y un cuchillo de hoja corta. Y un pasaporte a nombre de Hans Storffell, natural de Hamburgo, pero más falso que una dentadura postiza.

También llevaba un papelito con un teléfono anotado. Un teléfono que debía ser de Copenhague o de Estocolmo, a juzgar por el número de cifras. Eso significaba bien poca cosa, pero fue el único detalle de interés que Johnny pudo encontrar.

Ellen se había aproximado a él.

—¿Qué?... —bisbiseó.

—No gran cosa, pero estamos vivos. Eso es lo importante. Y vamos a continuar la cacería, muchacha. Te juro que la vamos a continuar... Sólo necesitamos que nos saquen de aquí.

En aquel momento se acercaba el radiotelegrafista.

—Nos enviarán ayuda —dijo al piloto—. Unos camiones del ejército se dirigen ya hacia aquí, pero tardarán tres horas.

—No importa lo que tarden. Siga dando nuestra dirección exacta. Y pida también medicinas y ropas.

Un tipo de los que estaban tendidos en el suelo, con la pierna rota, masculló:

—Y que traigan también alguna sueca...

## CAPÍTULO XII

La oficina comercial de Estados Unidos en Suecia no está en la misma Embajada, sino que ocupa un pequeño inmueble cerca del puerto y de la solemne mole del palacio real. Hay allí unas oficinas muy eficientes muy mecanizadas, donde todo se hace por medio de fichas perforadas y donde hasta para sumar dos y dos se emplea un cerebro electrónico IBM. Pero ahora esas oficinas estaban cerradas. Sólo en el despacho del agregado comercial había luz. Un despacho pequeño, amueblado con elegancia nórdica y donde, a pesar del aire acondicionado todo el año, destacaba el adorno de una maravillosa estufa de porcelana.

También allí estaba preparado un servicio de té con unas jarritas miniatura, decoradas a mano por artistas suecos. También allí había panecillos de un tamaño minúsculo. También allí se respiraba un ambiente cálido y hasta hogareño, como en la habitación en la que había muerto Nick.

El agregado comercial se llamaba Johnson. Y hasta tenía un cierto parecido con el antiguo presidente de Estados Unidos.

Tendió a Johnny, abierta, una gran caja en la que descansaban diversas variedades de cigarros holandeses, desde los más enormes a otros diminutos como cigarrillos.

—¿Té? —ofreció.

—Sólo un poco, gracias.

Primero sirvió a Ellen, que había acompañado a Johnny hasta Estocolmo, no separándose un momento de él.

Los tres bebieron en silencio.

A Johnson parecía costarle entrar en materia.

Al fin, musitó:

—Tengo una mala noticia que darle, amigo mío.

—¿Es que ha sucedido aún algo peor?

—Sí. Su amigo Nick...

Johnny parpadeó, mientras la taza que sostenía entre los dedos estuvo a punto de caer al suelo.

—Nick... ¿qué pasa con él?

—Ha muerto. Lo han asesinado en Helsinki. Por medio de un despacho cifrado de la Embajada, acabo de recibir la noticia.

La taza, con todo su contenido de té, cayó definitivamente, y se hizo añicos en el suelo.

Johnson ni la miró.

Al fin y al cabo, las pagaba el Gobierno.

—Eso indica que el asunto en que anda metido es más peligroso de lo que parecía a primera vista —dijo—. No sólo han muerto Blanchot, Joffre y Bentley, sino que también ha muerto Nick. Y él era un agente del Servicio Secreto norteamericano, aunque hubiera nacido en Rusia. No lo entiendo. Nadie mata a uno de los nuestros, sin saber muy bien lo que se juega en la partida.

Johnny se había servido un chorro de *whisky*, capaz de tumbar a un caballo.

—Si sólo estuviéramos persiguiendo a unos viejos SS, eso no ocurriría —musitó—. Hay algo más.

—Claro que hay algo más —murmuró Johnson—. Yo mismo empiezo a comprenderlo ahora, pese a que mis vinculaciones con el Servicio Secreto son sólo superficiales. Según parece, los jefes de usted le encargaron de este trabajo. Y siguieron, para ello, indicaciones de la Agencia Judía.

—Así es.

—Hay muchos hebreos en nuestros puestos de responsabilidad —murmuró Johnson—. Resulta lógico, teniendo en cuenta el poder monetario de que los judíos disponen en Estados Unidos. Y no tengo contra eso nada que decir. ¡Nuestro país es un conglomerado de razas, tan importantes y a veces tan inextricable!... Pero unos antiguos verdugos fugitivos no dispondrían de los medios que ahora están demostrando. Se mueven por todo el país, tienen asesinos a sueldo, liquidan a los agentes del Servicio Secreto americano... ¿Por qué?

Johnny bebió el *whisky* de un salvaje trago.

—Detrás de todo esto hay un asunto de dinero —dijo—. No alcanzo a ver su significación, pero hay un asunto de dinero.

—Debe de ser una gran cantidad...

—La suficiente para que alguien esté apoyando a esos antiguos miembros SS. Para que los esté apoyando sin reservas, jugando fuerte todas las cartas, que hagan falta.

Luego, Johnson mostró el papel donde antes anotó el número de teléfono hallado en poder del gordo cara de huevo. El número de teléfono que Johnny le había cableografiado antes de llegar allí.

—Usted nos pidió que lo averiguáramos todo con respecto a este número —dijo Johnson—, y lo hemos hecho. Efectivamente, hay un teléfono en Estocolmo con esta numeración, pero corresponde a un comercio de tejidos. Nada sospechoso. Es una pequeña tiendecilla, sobre cuyos dueños sabemos ya hasta las veces que hacen pipí en un día. Pero no puede ser que tengan ninguna relación con esto.

—Entonces...

—El teléfono tiene que ser de Copenhague —dijo Johnson—. Ya me he puesto en relación con mi colega de allí. Les espera a ustedes. Por cierto, sale un avión dentro de una hora... ¿Otra tacita de té?

La oficina del agregado comercial norteamericano en Copenhague era algo más ostentosa que la de su colega sueco. Estaba cerca del puerto, en la zona de la Langelinie. Desde las grandes ventanas pintadas de color azul pálido, se divisaba el mar. Había también máquina: computadoras, máquinas para archivar, máquinas para cigarrillos, máquinas para servir bebidas calientes...

Máquinas para matar.

El agregado comercial puso en la mano de Johnny la pequeña pistola que lanzaba mortíferas granadas de gas, apenas el joven y Ellen atravesaron el umbral del despacho.

—Esto puede servirle, Johnny. Y ahora, siéntense Tengo algunas noticias para usted.

Johnny se sentó, con los ojos entrecerrados.

Pensaba en Nick.

Nick, al que ahora estarían haciendo la autopsia en el depósito de cadáveres de Helsinki...

El agregado musitó:

—¿Preocupado?

—No. Sólo impaciente.

—He averiguado lo de ese teléfono. Supongo que les parecerá muy extraño lo que he llegado a saber.

—¿Qué ha llegado a saber?

—Ese teléfono corresponde a una dirección de la ciudad. No está lejos de aquí. Y es actualmente uno de los negocios más prósperos de Dinamarca, en especial para los turistas.

—¿A qué se refiere?

—Usted sabe que Copenhague es el capital mundial le la pornografía. Chicas succulentas haciendo el amor y todo eso. A alguien puede parecerle extraño, pero es que la gente aquí es muy especial. Los hombres y las mujeres son más bien frígidos. La natalidad decrece. Y parece que hay que hacer cierta propaganda respecto al sexo, como hay que adornarle los alimentos a un niño desganado, porque, de lo contrario, no comería.

Extrajo también una caja de cigarros que llevaba la marca de un establecimiento de Hamburgo.

—Bueno, los hechos son los hechos, y yo no tengo que juzgarlos —continuó—. El caso es que existe un establecimiento donde se exhiben películas, se representan obras de teatro y se venden revistas y fotos. Todo del mismo género, entiéndame. Docenas de espectaculares modelos han sido contratadas para eso.

—¿Y qué tiene que ver con mi trabajo?

—Verá. Yo imagino que un lugar al que va tanta gente de tantas nacionalidades, es un excelente punto de reunión. También se reciben encargos de todas partes del mundo, aunque algunos países se niegan a repartir por correo esa clase de material. No creo que pueda elegirse un puesto mejor para recibir y enviar dinero, transmitir mensajes, tener citas discretas, reclutar gente... La muchacha que mató a Nick era una modelo de *striptease*, a la que parece ofrecieron una elevadísima suma, por cometer el crimen. Desgraciadamente, no ha hablado. No ha dicho más que eso. Un momento después, alguien la ha matado, disparándole desde una ventana, cuando iba a ser trasladada en un coche celular al palacio de justicia de Helsinki.

Johnny arqueó una ceja.

—¿Cómo sabe eso?

—Mientras ustedes volaban de Estocolmo hasta aquí, ha llegado un mensaje con detalles. Nuestros agentes secretos están movilizados en toda Europa. Uno de ellos descubrió a la persona que había matado a Nick, y la denunció a la policía, con la intención de poder interrogarla más tarde. Pero nada ha podido

hacerse. La chica ya está muerta...

Johnny se pasó una mano por la boca.

—Digo lo mismo que le dije antes a su colega de Estocolmo — balbució.

—¿Qué fue?

—Esto no es una caza de antiguos criminales nazis. Aquí hay mucho dinero por medio. No sé dónde está ni en qué consiste, pero lo hay. Muchísimo dinero... De lo contrario, no se habría movilizado tanta gente.

El agregado encendió uno de los cigarros de Hamburgo. Encendió el más grueso.

También pagaba el Gobierno, claro.

Murmuró:

—Parece que usted busca a un hombre llamado Bronstein.

—Así es.

—Por lo que sabemos de él, no sólo lo buscan los judíos, sino también los rusos. Y hasta algunas organizaciones patrióticas francesas, fundadas en tiempo del *maquis*. Bronstein parece que asesinó a miles de personas, contando entre ellas mujeres y niños. No me extraña que no hayan renunciado a cortarles la cabeza.

—A mí tampoco —masculó Johnny.

—Pero, a lo que parece, él tenía un jefe. Bronstein nunca actuó solo. Era un hombre al que dirigían.

—Lo supongo. Todos esos verdugos tenían un jefe. Lo que pasa es que debe haber muerto.

—No. El caso de Bronstein era especial. Mató a mucha gente mientras era un simple verdugo de las SS, pero luego ascendió de categoría. Luego, lo pusieron a las órdenes del general Nebel.

Johnny tomó un cigarro también, pero no llegó a encenderlo.

Estaba confundido.

—El general Nebel... —balbució.

—¿Lo ha oído nombrar?

—Sí.

—Fue también uno de los más crueles asesinos de las SS, pero muy pronto pasó a ocuparse de más altas misiones. En las últimas horas he conseguido buenos informes al respecto. Se encargó de toda la administración del dinero de los nazis, que sumaba miles de millones. Sobre todo, en oro y en joyas. Sólo la colección de

diamantes robados en Holanda sumaba centenares de millones. Y abultaban muy poco.

Johnny trató de encender el cigarro, al fin.

Pero escuchaba con tanta atención que ni siquiera acertó con la punta.

—Nebel administraba esa fortuna —continuó el agregado—, y para ayudarle se designó a otro hombre de confianza: Bronstein. Eso era en los últimos días de la guerra, cuando los nazis sentían que el suelo quemaba bajo sus pies. Nebel estaba en Berlín, y ordenó que toda la fortuna de los SS, encerrada en varias cajas de acero, saliese para Hamburgo.

—¿Y...?

—En Hamburgo fue embarcada en un submarino alemán. Los ingleses ya estaban a punto de ocupar la ciudad, y la bombardeaban continuamente, de manera que aquel submarino fue quizá el último buque de guerra del III Reich que salió del estuario del Elba. Su destino era una playa de Sudamérica.

—¿Cuál?

—No lo sé. No hemos podido saberlo nunca. Claro que desde el golfo de México a la Tierra de Fuego hay docenas de playas abandonadas, donde un submarino podía descargar de noche su valiosa carga. O sea que no me extraña que se dirigiera hacia allí. Aunque también hay quien dice que el submarino se dirigió a las costas de Luisiana.

Johnny encendió el cigarro, al fin.

Pero su mano no estaba segura.

—¿Luisiana? —musitó.

—Sí, en los propios Estados Unidos. Los alemanes podían tener allí gente que les ayudase a ocultar el dinero. Incluso delincuentes vulgares. En nuestro país, si usted paga, encuentra lo que quiera... No Sé con cuál de las dos versiones quedarme, aunque eso tiene poca Importancia, porque el submarino nunca apareció.

Johnny había cerrado los ojos.

—Sí que tiene importancia. Y mucha —dijo con voz queda. El submarino tiene que existir. Y yo me quedo con la versión de Luisiana.

—¿Por qué?

—Hace muy pocos días, cuando regresaba a mi casa de Nueva

York para empezar unas vacaciones que al fin no hice, leí en el periódico una extraña noticia: varios hombres, que se suponía tripulantes de un submarino, y que llevaban muertos unos veinticinco años, habían aparecido en el golfo de México, frente a las costas de Luisiana. Pero no estaba tal submarino. Se probó todo. Y el buque en que aquellos hombres habían llegado siguió siendo un misterio.

El agregado cabeceó.

—¿Cree que una cosa puede tener relación con otra?

—Sí.

—Supongo que sus ideas no terminan aquí. ¿Qué más está pensando?

—Que el general Nebel también está vivo, como está vivo Bronstein. Y que ninguno de los dos ha sabido exactamente dónde fue a parar el submarino. Hasta que ahora han tenido un indicio importante. Yo creo que han logrado localizarlo más o menos.

—Siga.

—La fortuna que se oculta allí es sencillamente fabulosa. Y esos dos hombres, Nebel y Bronstein, en lugar de ponerse de acuerdo para repartírsela, luchan a muerte para apoderarse de ella en exclusiva. Los dos han puesto toda la carne en el asador. Los dos invierten en la aventura todas sus energías y todo el dinero de que disponen, porque el bocado vale la pena. Pero no sé nada más que eso. Es algo que pienso y que, por el momento, quizá no tenga sentido. Pero yo creo que no me engaño.

El agregado musitó:

—Quizá tenga ocasión de averiguarlo, si va a la dirección a que corresponde ese número de teléfono. Y sobre todo, si se embarca en el buque que hace cruceros por las cercanías de Copenhague.

—¿Embarcarme? ¿Por qué?

—Esa casa de qué le hablo organiza unos... ¡ejem!... vamos a llamarles «cruceros de placer». Todas las combinaciones que usted pueda imaginarse se realizan allí. Algunas son tan escandalosas que hasta el Gobierno danés las ha prohibido. Por eso el barco navega fuera de las aguas jurisdiccionales.

Johnny arqueó una ceja.

—¿Y cree que, metiéndome en ese mejunje, averiguaré algo? —susurró.

—Es su única oportunidad. Por lo pronto, he encargado ya dos plazas para el crucero que sale mañana.

Miró a Ellen con un gesto de contrariedad y añadió:

—Lástima que se lleve también a la chica. Ese barco es el único lugar del mundo donde no le va a hacer falta...

## CAPÍTULO XIII

Cualquiera se hubiese mareado allí.

Hasta el hombre más templado habría salido con los ojos bizcos, después de ver tantas curvas, tantas combinaciones color rosa y negro, tantas medias, tantos cuerpos de mujer, tantas «invenciones» que uno no podía imaginar siquiera.

La verdad era que Johnny no estaba acostumbrado a aquello.

Él había empezado a trabajar muy joven en el Servicio Secreto, y casi toda su vida se había desarrollado en los países del Este. Y los países del Este son muy moderados en materia sexual. La mayoría de los jóvenes tienen allí una inocencia que la sociedad de consumo ya ha hecho perder en la Europa occidental, especialmente en Francia, Gran Bretaña, Alemania y los países nórdicos. Porque en esos países se piensa que si el sexo se vende bien, ¿por qué no venderlo?

Eso hizo que Johnny se sintiera desplazado.

Todas las mujeres que había visto le gustaban con locura.

Le hacían hervir la sangre.

Pero aquél no era su ambiente. Aquél no era su mundo.

Ellen viajaba en un camarote distinto. Ambos habían fingido no conocerse.

Porque allí navegaban muchas mujeres solas también.

Las «exhibiciones» no eran sólo para hombres. También se había pensado en las señoras. ¡Y de qué modo!

Después de una de las sesiones de teatro, el joven se había encerrado en su camarote. El buque navegaba a poca velocidad por las aguas tranquilas, dirigiéndose ya de regreso a Copenhague. Se sirvió una copa de licor y dio vueltas en su memoria a todo lo que había visto, sin que nada le llevara a sacar conclusiones, en cuanto al maldito asunto en que andaba metido.

En aquel momento, alguien golpeó la puerta.

Johnny fue a abrir. Pensó que era Ellen, aunque resultaba una imprudencia el que allí se pusiera en contacto con él.

Pero no era Ellen. Era un alemán borracho. Le miró con ojos vidriosos, como si Johnny fuera un muñeco que le estorbara.

—Largo de aquí —masculló.

Johnny apretó los labios.

—¿Qué pasa?

—Éste es mi camarote.

—Me parece que se equivoca, amigo.

—¡Te digo que este... éste es mi camarote! ¡Largo de aquí, maldito seas!

Y el alemán le dio un empujón, procurando sacarlo al pasillo.

Johnny pensó, en el primer momento, que la borrachera podía ser fingida, y que aquel tipo buscaba con ella un pretexto para acercarse a él y matarle. Pero no. La borrachera era auténtica. Había llegado la hora de que en el buque se perdiera todo freno, toda contención.

Pensó en lo fácil que sería dejar a aquel tipo *K.O.*, de un solo gancho.

Pero no le convenía llamar la atención. No podía exponerse a un escándalo. Desde el punto de vista práctico, era mucho mejor dejar pasar la tormenta.

De modo que se encogió de hombros.

—Si usted dice que ese camarote es suyo, tal vez tenga razón —murmuró—. Quédeselo de una maldita vez.

El otro le entregó un billete de cinco marcos.

—Buen chico —dijo con esa cordialidad típica de los borrachos, cuando no se les contradice—. Buen chico.

Johnny tomó el billete.

Ganga.

A veces, el Gobierno no pagaba tan bien.

Cerró la puerta y se largó a cubierta a fumar un cigarrillo. Al menos, allí se estaba tranquilo. En la quietud de la noche, entre la neblina, varias parejas se besaban y se acariciaban. Ver un hombre solo allí, sin hacer nada, casi resultaba un espectáculo insólito.

El joven fumó aquel cigarrillo y otro más. Luego, decidió regresar a su camarote. Quizá el alemán ya se habría largado o estaría durmiendo la mona. En ese último caso, lo tomaría en

brazos y lo dejaría en el pasillo. No sería el único. Algunos tipos que estaban mareados por cuatro o cinco motivos, dormían ya sobre las alfombras.

Johnny entró en el camarote.

Y, en efecto, vio que el alemán dormía.

«Dormía» de verdad.

Con una navaja de palmo y medio clavada hasta el fondo en el pecho.

## CAPÍTULO XIV

Johnny se detuvo en el umbral, sintiendo que su mirada se nublaba y que sus dedos temblaban levemente.

Pero su indecisión duró un segundo. No le resultó difícil sacar su conclusión de todo aquello. Al alemán lo acababan de matar por un solo motivo. Simplemente, porque lo habían confundido con él...

Johnny lo tocó.

No llevaba ni tres minutos muerto.

Vio que de uno de sus bolsillos sobresalía una llave, y la terminó de sacar. Era la llave de un camarote, y se explicaba que el borracho se hubiera confundido. Johnny tenía el camarote número nueve. Aquella llave era la del número seis.

El joven apretó los labios.

Cabía la remota posibilidad de que el muerto hubiera tenido algo que ver en el asunto. En todo caso, había que comprobarlo, y para eso tenía que registrar su camarote.

El joven se dirigió unas puertas más abajo, donde estaba el camarote número seis. Lo abrió, y de pronto, lanzó un silbido, o al menos creyó que lo había lanzado.

Existían motivos, desde luego.

A la chica que se encontraba en el camarote la había visto antes en el pequeño escenario montado en la sala principal del buque. No era la única, desde luego, porque si algo abundaba allí, eran las chicas. Pero ninguna era tan bonita como aquella.

Al menos, para los gustos de Johnny.

Joven, rubia, con cara saludable, con unas curvas poderosas y firmes, con cierta timidez, que aún hacía más excitantes sus movimientos.

En el escenario había visto hacer a aquella muchacha cosas que mareaban. Pero en cambio... ¡qué distinta resultaba aquí! Hasta daba la sensación de ser una chica asustada, engañada. No parecía

la misma.

Estaba sentada en un taburete.

Con las piernas cruzadas. ¡Y de qué modo!

Pero cuando Johnny entró, ella se levantó, sorprendida. Sus facciones palidecieron un poco. El excitante panorama que mostraba al entrar, se deshizo como un hermoso globo que se desinfla.

Ella musitó:

—¿Quién es usted?

—¿Y usted? —preguntó Johnny.

—Me llamo Margit. Actúo aquí.

—Ya la he visto antes. Y vale la pena contemplarla, hermana. Pero me gustaría saber por qué está en este camarote.

—El señor Ulm me contrató.

—¿Quién es el señor Ulm?

—Sólo conozco su nombre. Es el pasajero de este camarote. Un alemán.

Johnny arqueó una ceja.

—Me temo que ya no va a venir, muñeca.

—¿Por qué? ¿Se siente mal?

—Se ha liado con otra mujer.

—¡El muy cerdo! ¡Después de hacerme perder el tiempo!...

—Una mujer muy vieja, además. Tiene varios siglos. Y tan seductora, que atrapa a todos los hombres, tarde o temprano.

Ella no entendió que Johnny se refería a la Muerte. O simuló no entenderlo.

Con voz opaca, murmuró:

—De todos modos, no va a venir.

—No.

—Está bien. El caso es que ya me había pagado.

Y se dirigió a la puerta.

Johnny la sujetó por un brazo.

—¿Para qué te había contratado Ulm?

—Para una exhibición privada.

—Puedes hacerla igualmente, preciosa.

—Cobro cincuenta dólares por eso. Y sólo hay derecho a mirar. Cincuenta dólares o ciento veinte marcos Elige...

Johnny lanzó un silbido.

—Diablo, las mujeres estáis por las nubes.

—Si quieres, me largo.

Pero algo había en los ojos de la mujer, algo que indicó a Johnny que ella no quería largarse.

—No. Quédate.

—En fin —susurró Margit—. Tienes cara de buen chico.

—¿Sí?

—A ti no te cobraré nada.

—Hum... Es un favor importante.

—Siéntate.

Johnny ocupó el taburete donde antes estuvo sentada ella. La chica dio un par de pasos por la habitación. Se movía con una especial cadencia, como una bailarina al compás de la música.

Pero era mucho más que una bailarina.

Johnny sintió que se enturbiaban sus ojos.

Era extraño, porque aquel ambiente sórdido en que se movían los dos le sacaba de quicio. Pero, pese a ello, le gustaba apasionadamente aquella mujer. La deseaba con todos sus sentidos.

Ella susurró:

—¿Te gusto?

Johnny tragó saliva.

¿Qué iba a decir? ¡Diablo, claro que sí!

No vio de dónde había salido el pequeño tubo. Quizá ella lo había sacado de uno de los tirantes de su ligero, que era en realidad una funda. Quizá lo había, extraído de su manga, puesto que llevaba puesto el vestido aún. Imposible decirlo.

El caso era que el tubo apenas ocupaba el espacio de una boquilla para fumar. Parecía de marfil y acero. Y sólo al verlo, Johnny ya supo de qué se trataba.

Un hombre inexperto no lo hubiera adivinado tan pronto. La verdad era que parecía tratarse de una boquilla, simplemente. Pero Johnny sabía que aquello disparaba dardos o quizá pequeñas granadas de gas.

Fue esto último.

Johnny se ladeó en fracciones de segundo, mientras ella apretaba la boquilla de un modo especial. La granada tenía apenas el tamaño de un garbanzo, pero salió despedida con increíble fuerza. Rozó el cuerpo de Johnny, y fue a estrellarse contra la pared

frontera.

Apenas produjo un leve «Sssssuuuum».

Una nubecilla de gas verdoso se desprendió, al estallar la granada.

Johnny comprendió que el pildorazo tenía que haber penetrado bajo su piel. No era necesario que lo hiciese a gran profundidad. El gas venenoso le habría liquidado en cuestión de segundos, al mezclarse con su sangre.

Ella apretó los dientes.

Y apretó la boquilla de nuevo.

Una segunda granada brotó instantáneamente. Parecía increíble que Johnny, hubiera podido esquivarla en un espacio tan reducido, pero lo consiguió. Esta vez el pildorazo le rozó la cara y se deshizo en la pared de, la izquierda. Sonó otro apagado «Sssssuuuum».

El joven no esperó a que ella disparara por tercera vez. Margit parecía desconcertada. Las manos de Johnny le sujetaron la muñeca derecha y la retorcieron brutalmente.

Ella gimió.

La falsa boquilla saltó por los aires, rebotó en el techo, junto a las bocas del aire acondicionado, y terminó cayendo a tierra.

Los dos rodaron por encima de la litera.

Ella seguía gimiendo.

Con los labios entreabiertos.

Con sus sedosos, rojos, palpitantes labios entreabiertos...

Johnny los besó.

No supo por qué lo hacía.

¿Acaso esas cosas se saben alguna vez?

Ella temblaba en sus brazos. Estaba como poseída por el demonio. Sus ojos implorantes miraban al hombre con miedo, con deseo y con odio a la vez. Sobre todo, con miedo.

—No —balbució—. No te vengues de mí. No me mates...

—Todo depende de que lleguemos a un acuerdo, preciosa.

—¿Qué acuerdo?

Él besó sus labios otra vez, pero ahora con más cuidado, con más delicadeza.

—El acuerdo es éste. Tú hablas y yo escucho.

—Si hablo... me matarán.

—Todo depende de si yo consigo protegerte. Ya has visto que no

soy un inútil. Si alguien viene a hacerte daño, puede que lo pague con su piel.

Ella temblaba aún, pero parecía ir tranquilizándose poco a poco.

O al menos pensaba que no tenía más remedio que obedecer a Johnny, puesto que estaba en sus manos.

Estaba en sus manos, en todos los sentidos.

Johnny bisbiseó:

—Voy a hacerte unas preguntas. Si me las contestas con sinceridad, te prometo que nada va a ocurrirte y que ni siquiera hablaré de esto a la policía.

—Puedes preguntar.

—¿Quién ha matado a Ulm? Porque supongo que sabes que Ulm está muerto.

—Sí, lo sé.

—Lo liquidasteis por error, creyendo que era yo ¿verdad?

—Efectivamente. Pero no me envuelvas en esto. Realmente, no lo maté yo.

—Luego os disteis cuenta de que acababais de meter la pata y me preparasteis una trampa aquí. Dabais por descontado que yo vendría a registrar este camarote, ¿no es eso?

—En efecto. Y me encargaron a mí de matarte porque imaginaron que no sospecharías. Nadie suele recelar de las chicas que hacemos exhibiciones en este buque.

—¿Quién te ha pagado por esto?

Ella vaciló.

Se notaba perfectamente el nudo que acababa de formarse en su garganta.

—Quizá no me creas si te digo que no lo conozco. Es un hombre con el que... he tenido relaciones.

—¿Íntimas?

—Sí. Y las ha tenido también con otras chicas. Frecuenta el club. Debe tener mucho dinero; y viaja continuamente.

Johnny seguía sin soltarla, seguía teniendo sus labios muy cerca. Pero ya no la besó. Por el contrario, sus facciones se habían endurecido. Sus ojos se habían hecho, pequeños, duros, Casi crueles.

—Descríbelo —dijo.

—¿A ese hombre?

—Sí.

—No es muy alto. Bastante grueso. Tampoco resulta guapo, la verdad.

—¿Edad?

—Unos cincuenta o cincuenta y cinco años. En ciertos aspectos, resulta repulsivo, viscoso. Pero es difícil que una mujer llegue a negarle alguna cosa.

—¿Por qué?

—No sé qué tiene en la mirada, que te domina. Una nota que sería capaz de cualquier cosa. Cuando mira a una mujer, es como si mirara a un insecto... y sin embargo, una sabe que no podrá sublevarse. Cierta vez me negué a una cosa que me pedía, puesto que en muchos aspectos ese hombre me da asco. Me retorció un brazo hasta rompérmelo. Estuve dos meses en cama. Y mientras me retorció el brazo, consiguió de mí lo que quería. Es... es una bestia.

—¿Por eso no has sabido resistirte a lo que él, te mandaba?

—Sí, por eso.

Los ojos de Johnny brillaban más peligrosamente cada vez.

—¿Lo conoces? —musitó Margit.

—Estoy seguro de que sí. ¿Cómo se hace llamar?

—Codrianu. Viaja con pasaporte de Rumania, Dice que es agregado comercial de una organización comunista.

—Mandangas. Ese tipo debe hablar muy bien el rumano, como seguramente habla el inglés y el ruso. Pero es alemán. Es un antiguo esbirro de las SS y se llama Bronstein.

Ella parpadeó.

No debía saber muy bien qué era aquello de las SS. Cuando Margit nació, la guerra ya había terminado. Ni tuvo que sufrirla en su carne, ni se preocupó jamás de leer cosas sobre la contienda. Tampoco Johnny había llegado a vivirla, pero su caso era distinto. Para él, lo ocurrido en 1944 era importantísimo, por las consecuencias que pudiera tener en 1970. La política, por ejemplo, que siguió en su tiempo Molotov, podía ser para, él tan importante como la que ahora seguía Gromyko.

—Se llama Bronstein —repitió Johnny—. Perfecto. He perseguido a ese tipo por medio mundo. ¿Y ahora está aquí?

—Sí.

—¿Dónde?

—No sé el número de su camarote, pero le he visto antes en el salón, mientras hacíamos las exhibiciones. Me ha ordenado, en el entreacto, que obrase como tú sabes.

—Y una vez muerto yo, ¿cómo tenías que comunicárselo?

—Simplemente, volviendo a la sala con las medias cambiadas. Tenía que ponerme medias negras. Él me vería, y sabría enseguida lo que eso significaba.

—Medias de luto, ¿eh? Tiene gracia. Nunca pensé que pudiera llevar luto por mí, una chica tan bonita. ¿Dónde las llevas?

—En el bolso.

—Póntelas y sal. Haz exactamente lo que él te ha ordenado.

—De acuerdo, pero... pero...

—No te preocupes, no correrás ningún peligro.

Ella asintió. Sacó unas medias negras de su bolso y las cambió por las que llevaba. Johnny sintió que se mareaba otra vez. Margit podía ser lo que se quisiera pero... ¡demonios, cómo estaba la niña!

Cuando ella terminó, avanzó hacia la puerta.

Johnny admiraba sus movimientos felinos, su gracia, su *sexy*.

Estaba dispuesto a salir tras ella, y a caer sobre Bronstein apenas aquel maldito hiciera su aparición.

Pero la chica no llegó a la puerta.

De repente, ésta se abrió, se abrió como una exhalación, volviendo a cerrarse en menos de un segundo.

Pero ese segundo había bastado para que se recortase una figura masculina en el umbral, una figura completamente vestida de negro, con una malla muy ceñida, como si llevase un equipo de escafandrista. Y había bastado también para que sonase uno de aquellos «Sssssummm» que Johnny ya conocía.

Margit es tambaleó.

La pequeña granada había penetrado en su piel, entre sus senos. El gas venenoso se mezcló con su sangre. Margit no llegó ni a chillar, mientras se tambaleaba.

Johnny sabía que, a partir de aquel momento, Margit estaba perdida. Que nada conseguiría ya salvarla. Y por eso ya no se preocupó más de ella, por eso toda su ansia se centró en dar caza al buitre que acababa de asesinarla.

No era Bronstein.

El tipo a quien acababa de ver era alto y fuerte, mientras que

Bronstein no pasaba de ser bajo y rechoncho. Pero detrás de uno llegaría el otro. Johnny estaba dispuesto a matarlos a los dos. Estaba dispuesto a teñirse los dedos con su sangre.

Abrió la puerta y salió, pero no lo hizo como el otro esperaba. Su cuerpo no apareció a la altura normal. Al contrario, resbaló por la alfombra como el cuerpo de un gato.

El tipo disparó otra vez, y una nueva granada arañó el aire. Pero ésta se estrelló dos puertas más allá, pasando alta. Johnny saltó. En sus ojos brillaba un fulgor salvaje.

El otro no tuvo tiempo ni de verle venir.

De pronto, sintió que le lanzaban contra la pared. Una mano de hierro apretó su muñeca derecha. Era como el garfio de una grúa; era algo brutal, invencible.

EL tipo abrió la boca, sofocado por el dolor.

Y de pronto, hubo, algo peor para él. De pronto quiso chillar de horror incontenible.

Pero ni eso pudo.

Aquella especie de boquilla, de que estaba armado, acababa de girar.

Se estaba introduciendo en su boca.

Se oyó un estertor, mientras Johnny apretaba el aparato de aquella manera que ya conocía. La granada llegó hasta el fondo de la garganta del asesino, y allí estalló. Toda su boca se llenó de gas verduoso. Sus ojos se desorbitaron, sus manos arañaron el aire en una patética señal de desesperación.

Y el tipo se derrumbó poco a poco, en silencio, pero las preocupaciones de Johnny no habían terminado. Sintió que saltaban hacia él. Alguien venía por su espalda.

Giró con la rapidez del rayo.

En su derecha brillaba un cuchillo de hoja ancha.

Abrió de arriba abajo toda, la parte izquierda del pecho de su, enemigo, antes de que éste lograra, mover los brazos. El golpe, de Johnny había sido salvaje. Trazó una especie de «Z» en el pecho. Casi le arrancó materialmente el corazón. Luego, lo empujó hacia atrás.

Todo esto ocurría en, silencio, en el, pasillo magníficamente alfombrado, sin que nadie se acercara por allí. Ocurría mientras, arriba, en los salones, las chicas hacían «exhibiciones» y sonaba la

música.

Johnny vio otra sombra.

Un tercer enemigo se lanzaba hacia él. Se arrojó, girando, para hacerle frente.

Pero eso no le permitió ver al otro.

No le permitió ver al que llegaba por su espalda, aprovechando la desorientación causada por el primero.

Otra vez el cuchillo brilló en la derecha de Johnny.

Resultaba invencible con arma blanca. Con una hoja de acero en la mano, se convertía en una auténtica bestia humana.

El otro ni se enteró.

De repente, la hoja penetró por debajo de su mandíbula y llegó hasta la base del cráneo, produciéndole la muerte casi instantánea. En ese momento, el segundo enemigo se disponía a disparar sobre Johnny con una pistola de silenciador.

No podía fallar. Johnny estaba listo. Lo tenía de espaldas.

Y de pronto alguien le sujetó por el cuello. Lo hizo con tal fuerza y tal maestría, que el aprendiz de asesino sintió que se estremecía todo su cuerpo. Su cuello giró absurdamente. No supo lo que le ocurría, excepto que una salvaje oleada de dolor llegaba hasta lo más alto de su cabeza.

De pronto, se oyó un sordo y siniestro «Crooocc».

Ellen dejó caer al muerto, mientras abría, poco a poco sus manos, duras como las de un hombre cuando hacía falta, sus manos entrenadas; para matar.

El joven se dio cuenta de la situación.

Dijo con un soplo de voz:

—Creo que me has salvado la vida. Y no es la primera vez. En las calles de Leningrado también me sallaste la piel.

Ella no hizo ningún comentario.

Parecía pensar que, entre compañeros, todo aquello no tenía importancia.

—¿Quiénes son? —musitó.

—Por lo pronto, vamos a quitarles de en medio, porque si alguien los ve, vamos a pasarlo mal. Ayúdame. Luego, hablaremos.

Ella le ayudó. Los cuerpos fueron amontonados en el camarote de Ulm. La verdad era que aquello ya no parecía un crucero de placer, sino un crucero de muerte. Ellen debía estar acostumbrada a

situaciones como aquélla, porque no parpadeó ni al ver el cuerpo de Margit.

Cuando hubieron cerrado la puerta del camarote, llevándose la llave, ella dijo simplemente:

—Vamos.

Y encendió un cigarrillo.

Johnny tuvo que admirar su serenidad y su frialdad de témpano. Ni una sola emoción se traslucía en los ojos de la muchacha. Ellen parecía haber sido adiestrada para las misiones más peligrosas. Ellen sabía matar.

Buscaron un lugar donde hubiera gente, porque así resultaba más difícil que les atacaran. Mientras subía las alfombradas escaleras hacia los salones, charlaban con la naturalidad de dos viejos amigos. Diríase que hablaban de cosas sin importancia. Pero, en realidad Johnny le estaba explicando a ella todo lo sucedido todo lo que se relacionaba con aquellos muertos.

En el salón principal, el espectáculo proseguía. Ahora, la sesión iba dedicada a las mujeres. Ellen hizo un guiño. Murmuró:

—Salgamos de aquí.

Cuando estuvieron fuera, bisbiseó:

—Todo esto me inspira no sé qué... No me siento bien.

Johnny encendió un cigarrillo también.

Sus ojos escrutaban en todas direcciones.

—Bronstein está aquí —murmuró—. Pero ¿dónde?

Y en aquel momento lo vio.

Lo vio cuando ya era demasiado tarde.

## CAPÍTULO XV

Bronstein había hecho una verdadera matanza en la estación de Angulema, valiéndose de una granada. Ahora haría una matanza menor, pero más importante para él, valiéndose de una granada similar. Las bombas eran su arma preferida, la que manejaba mejor. Y ahora estaba en el puente superior, justamente encima de las cabezas de Johnny y de Ellen, disponiéndose a hacer el lanzamiento.

Claro que ni a eso llegaba. Sólo tenía que dejar caer la bomba, y convertirlos en pedazos.

Johnny lanzó una especie de gruñido, que más bien fue un estertor.

No tenía tiempo de hacer nada. Ni de defenderse ni de atacar. Ni de saltar por la borda. Nada.

La granada fue hacia ellos.

Una sonrisa brutal distendía las facciones de Bronstein.

El joven se lo jugó todo a una carta. Muerto por muerto, ¿qué más daba? Hizo algo que había ensayado muchas veces en los entrenamientos, aunque sin granadas explosivas. Simplemente, con granadas cuya espoleta hacía, un «tlinc», si llegaba a perforar la masa del fulminante.

Había que recoger como en una especie de cesta la granada, con la palma de la mano. Con la suavidad y el temple del que recoge una flor. Y «acompañarla» con un suave impulso para hacerle cambiar de dirección.

Eso fue lo que hizo Johnny.

La posibilidad de que la bomba estallara resultaba muy grande, pero él ejecutó el gesto mejor que en los entrenamientos. Diríase que su mano era una masa de algodón. Pero tuvo la suficiente firmeza para desviar la granada, muy suavemente, enviándola al agua.

El percutor no llegó a atravesar el fulminante. Johnny había dado un suave giro a la bomba, de modo que, en el momento de desviarla, la carga quedase arriba, y el percutor abajo.

Todo aquello parecía obra de un prestigitador. Bronstein lanzó una exclamación de asombro al verlo, aunque sucedió con una fulminante rapidez.

La granada cayó al, agua, y estalló allí. Toda la estructura del pequeño buque pareció sufrir una sacudida, pero los daños fueron insignificantes. Su velocidad y su rumbo no se alteraron.

Ahora Bronstein trató de huir. Sus facciones, se habían desencajado, sus manos temblaban. Intentó llegar hasta el fondo del puente, corriendo a: toda la velocidad que sus cortas piernas le permitían.

Johnny se izó de un salto hacia el puente superior.

Vio a Bronstein entre las sombras.

El antiguo SS había sacado una pistola con silenciador. Intentó apuntar, mientras sus dientes chirriaban.

El brutal puntapié de Johnny hizo que la pistola saltara por los aires. Bronstein lanzó un alarido. Trató de arrojarle al agua para alcanzar a nado la costa.

Era su oportunidad, su única y desesperada oportunidad.

Pero Johnny le sujetó por un pie mientras el otro trataba de saltar por la borda. Se lo retorció brutalmente. Bronstein gimió de dolor. Johnny tiró de él, obligándole a volver poco a poco.

Luego, lo sujetó por el cuello.

Se oían gritos en todo el barco, pero nadie sabía dónde estaba organizado el jaleo. Por otra parte, Ellen debía estar desorientando a los que preguntaban. El caso fue que nadie se acercó por allí.

Johnny apretó más el cuello de su enemigo.

Barbotó:

—¡Dime dónde está el submarino que tú buscabas! ¡Y dime dónde está el general Nebel!

A pesar del dolor que sentía, y a pesar de notar ya en la garganta la angustia de la muerte, Bronstein, sonrió con desprecio.

—Tendrás que averiguarlo tú, muchacho —barbotó—. Yo no hablaré.

—Vas a decirlo, maldito buitre. Vas a decirlo o te rompo las vértebras aquí mismo, una a una.

Bronstein se estremeció.

El dolor debía hacerse irresistible.

Pero dijo con voz opaca:

—Nebel sabe mejor que yo... dónde está... el submarino... Los dos hemos tratado de engañarnos. Los dos hemos tratado de descubrirlo... uno antes que el otro y uno por cada lado.

—¿Dónde está Nebel?

—No lo sé.

—Es inútil que mientas, condenado. De nada te va a servir.

—Si supiera dónde está Nebel, te lo diría. Si supiera qué nombre usa en este momento, te lo diría también. Los dos somos enemigos. Los dos nos disputamos la vieja fortuna de los SS que está en aquel submarino. Te juro que te lo diría. Pero no lo sé. Ojalá pudieras matarle.

Johnny comprendió que aquel esbirro decía la verdad.

En efecto, Nebel debía ser ahora su enemigo. Los dos se disputaban la misma cosa, uno por cada lado. Si ahora supiese dónde estaba el exgeneral alemán, se lo comunicaría.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Hace... años.

—¿Dónde?

—En Rusia. Él había sido hecho prisionero. Pero los rusos no sabían que era un general de las SS. Caso de saberlo, le hubieran... le hubieran pasado por las armas sin dudarle, o lo hubieran hecho arrastrar por los caballos de los cosacos. Pero él usaba otro nombre.

Tenía la documentación de otro soldado. Nadie sabía quién era. Yo no le denuncié para que él no me denunciara a mí.

—¿Qué nombre usaba? ¡Dilo! ¿Qué nombre?

—No lo sé. No puedo... no puedo recordarlo.

—¡Haz memoria! ¡De nada te servirá ocultarlo ahora! ¡Habla, perro!

Apretaba más y más. Se daba cuenta de que estaba destrozando el cuello de Bronstein, pero no podía evitarlo. Su furia subía como la columna de mercurio en el termómetro. El otro despedía ya por los labios una espuma roja.

—¡Habla!

—Lo único que puedo decirte es que él había sido dado como inútil para los trabajos rudos porque... porque...

De pronto, se convulsionó.

Johnny no se había dado cuenta de lo brutal, de lo salvaje que era su presa.

Sólo se dio cuenta ahora, cuando notó que el otro dejaba de ofrecer resistencia y se convertía en una cosa blanda y gelatinosa, que parecía deshacerse entre sus manos. Cuando notó que le había roto el cuello al menos por dos sitios, porque la cabeza de Bronstein iba de un lado para otro, sin nada que la sostuviera.

Ahora ya no podría escuchar sus últimas palabras.

¿Le hubieran servido de algo? Tal vez no. Pero lo que resultaba seguro era que ahora no se aclararía ninguna de sus dudas.

Mientras tanto, en el barco seguían oyéndose gritos. No tardarían en encontrarles.

Johnny dio un suave empujón al cadáver de Bronstein, y lo envió al agua, cubierto por la neblina baja. Un instante después, se había hundido. Johnny escupió.

Que se fuera al diablo.

Olvido eterno para Bronstein.

Saltó junto a Ellen, que vigilaba en torno suyo, con todos los nervios tensos, dándose cuenta del peligro que corrían.

—¿Qué ha pasado, Johnny?

—Nada de especial. Bronstein ya está a punto de servir de aperitivo a los peces.

—¿Lo has matado?

—Antes de lo que yo mismo quería.

—¿Y qué vamos a hacer ahora, Johnny? ¡Van a acabar descubriendo algo! ¡Nos interrogarán!

—¿Preguntas lo que vamos a hacer, muñeca? Es muy sencillo. Dar un saltito y...

No terminó la frase.

Predicando con el ejemplo, tomó impulso y se arrojó por encima de la borda, hundiéndose también en las aguas cubiertas de niebla baja. La muchacha le imitó. Unos segundos después, los dos nadaban vigorosamente en dirección a la orilla, que no estaba lejana.

En el barco, la gente seguía buscando.

La confusión era indescriptible.

La cubierta y los pasillos estaban llenos de chicas con combinaciones de todos los colores, que no sabían qué hacer ni

dónde ir. Y también llenos de tíos que sólo con mirar, se lo estaban pasando en grande.

Johnny y Ellen llegaron a la orilla. Ésta era baja y pantanosa. A poca distancia, emergía de entre la niebla una casa baja que parecía un refugio de fantasmas.

Johnny ayudó a salir a Ellen, y luego los dos se dirigieron a un sendero que parecía internarse en un bosque, donde estarían a salvo de miradas indiscretas.

La muchacha susurró:

—Estamos empapados. ¿Qué haremos ahora?

—Meternos en aquel granero —Johnny señaló una edificación de troncos que se alzaba a poca distancia—, y esperar a que se sequen. Mañana, cuando amanezca, veremos las cosas de distinto modo.

—¿Y toda la noche estaremos ahí? —preguntó ella, con voz opaca.

—Lo que queda de noche.

—Nos aburriremos mucho —murmuró Ellen—. Aún faltan bastantes horas para que amanezca.

Johnny la miró socarronamente, mientras avanzaban poco a poco hacia el edificio.

—Nena —murmuró—. ¿No se te ocurre nada más?

—Pues... pues...

—Querida, los rusos deben ser muy listos, pero a veces pienso que las rusas sois bastante idiotas.

## CAPÍTULO XVI

Desde su despacho de Nueva Orleans, a través de los grandes ventanales, el vicealmirante Foster seguía mirando las casas bajas de Canal Street. Las grandes farolas, que imitaban flores de lis, en recuerdo de la ocupación francesa, acababan de encenderse. A la izquierda, el Mississippi tenía su neblina misteriosa hacia el golfo de México. Y el barrio francés empezaba su vida nocturna, su vida inquietante, nerviosa, enigmática y cálida.

El vicealmirante dejó de mirar todo aquello y clavó sus ojos acerados en aquel hombre que tenía los ojos más duros y penetrantes que él. Aquel hombre que, pese a su juventud, tenía ya una brillantísima hoja de servicios, lo cual significaba que no tardaría en acabar pudriéndose en una tumba de Oriente Medio o de China.

Johnny parpadeó.

Era la primera vez que veía al vicealmirante Foster. Pero sabía que de él dependía toda aquella zona del golfo de México, y que sólo si Foster quería, podría ser llevado adelante su plan.

Foster murmuró:

—De modo que el hombre a quien usted mató era Bronstein. Y de modo que Bronstein buscaba el viejo tesoro que los alemanes de las SS sacaron del puerto de Hamburgo en 1945.

—Exacto, señor.

—Pero también lo estaba buscando el general Nebel. Y, por lo visto, querían saber cuál de los dos llegaba antes, ¿no es así?

—Sigue siendo exacto, señor.

—¿Cree que alguno de los dos tenía una idea clara del sitio donde se fue al diablo ese submarino?

—Al menos, Bronstein tenía una idea que ya debía empezar a ser bastante exacta, señor. No en vano llevaba años haciendo investigaciones de todas clases. El hecho de que hubieran muerto

todos los tripulantes del submarino, y que además no hubiera podido radiar su posición, hacía que la búsqueda fuera muy difícil. Pero Bronstein debió acabar dando con algún indicio. Y seguramente, también el general Nebel.

Foster encendió un cigarrillo, tras ofrecer a Johnny, que lo rechazó.

—¿Por qué supone que estaban muy cerca de dar con la pista?

—Por la misma razón que usted ha llegado a sospechar la presencia de un submarino no alemán frente a las costas de Luisiana, señor. Porque últimamente han ocurrido un par de misteriosos sucesos, que por fuerza hemos de relacionar. Me refiero a aquella muchacha que murió, mejor dicho a la que mataron lanzándole un anzuelo múltiple desde una lancha, y a los cadáveres que aparecieron más tarde.

Foster parpadeó.

—¿Por qué cree que quisieron matarla?

—No «quisieron» en plural, sino «quiso». Porque tuvo que hacerlo Nebel.

—¿Bronstein, no?

—Bronstein estaba entonces en Europa.

—¿Y por qué razón Nebel decidiría matar a aquella pobre muchacha?

—Él no sabía que se trataba de una inocente recién casada, en luna de miel. Debió pensar que la chica y Freddie, su marido, estaban investigando por cuenta de Bronstein. Sabiendo que el submarino estaba allí, decidió acabar con ella para que no hablase. Y no acabó con Freddie porque las circunstancias no le fueron propicias, pues, de lo contrario, lo habría liquidado también. Todo eso indica que el submarino está muy cerca, y precisamente por ello quiero hacerle un ruego, señor.

Foster arqueó una ceja, con un gesto de interés.

—¿Qué ruego? —murmuró.

—Haga revisar bien el fondo en esa zona. No deje un palmo cuadrado por examinar. El submarino ha de estar ahí. Emplee sus mejores hombres y sus mejores equipos de radar y de sonar. ¡Pero tiene que encontrarlo!

Foster movió negativamente la cabeza, con un gesto cargado de pesimismo.

—Todo lo que usted me pide ya lo he hecho, amigo mío. Usted no lo sabe porque estaba en Europa, y porque esas investigaciones se llevaron en secreto, como es lógico. Pero he empleado ya mis mejores hombres y mis mejores equipos. Ni un palmo de fondo ha quedado por cribar. Y puedo asegurarle que el submarino no existe.

—Pero entonces... los cadáveres...

—Le confieso que no lo entiendo. Y no entiendo tampoco dónde están los que faltan, porque en el submarino tenía que haber muchos más hombres, los cuales es evidente que también murieron. Pero ¿dónde están? ¿Por qué no han aparecido?

Johnny miró hacia la ventana.

Le irritaban las luces de Canal Street. Le irritaba aquel bullicio. Cerró los ojos, e hizo un esfuerzo casi angustioso para concentrar sus pensamientos.

—Veamos —murmuró—. Hay algunas cosas que están claras o que podrían estarlo. Por ejemplo aquellos cadáveres llevaban unos veinticinco años muertos, pero sólo unos diez en el agua.

—Sí.

—Eso indica que murieron dentro del submarino, cuando el submarino se hundió para siempre. Y estuvieron quince años allí, convirtiéndose en unos pobres esqueletos, hasta que el mar acabó rompiendo, una de las compuertas del submarino. O hasta que alguien que había estado buscándolo, logró hacer un hueco para penetrar en él.

—Yo más bien me inclino hacia esa segunda solución —murmuró Foster—. Supongamos que el que hizo eso era el exgeneral Nebel.

—En efecto, supongámoslo. Ya sabía dónde estaba aquella fabulosa fortuna; pero necesitaba sacarla de allí. Por el momento, carecía de medios técnicos, ya que para mayor secreto de la operación debía obrar en solitario o casi en solitario. Pero no había necesidad de darse prisa, porque ni el oro ni las joyas se iban a estropear. Al abrir el hueco, algunos cadáveres fueron arrastrados por las aguas. Son los que usted halló, mientras que los otros aún siguen en el submarino.

El vicealmirante le escuchaba con atención, mientras daba breves chupadas a su cigarrillo.

Murmuró:

—Continúe.

—En eso aparece por la zona aquel joven matrimonio, y Nebel se pone nervioso. Piensa que trabajan para Bronstein, y que han averiguado algo. Mata a la mujer, y seguramente espera una ocasión para matar también a Freddie. Claro que, de momento, tiene que paralizar sus planes. La marina está investigando, y no es conveniente que él se mueva. Pero Nebel está preparado. Nebel intervendrá, apenas nosotros descuidemos un poco esto.

Foster había seguido escuchándole con atención. Pero al fin volvió a repetir aquel gesto de desesperanza.

—Muy bien, pero todo eso presupone la existencia de un submarino —dijo—. Y el submarino, ¿dónde está?

—Eso es lo que no comprendo —murmuró Johnny—. Es el punto oscuro que no cuadra.

El joven se puso en pie.

Dio unos pasos por la habitación, con la mandíbula hundida sobre el pecho.

Sabía que Foster tenía razón.

Todas sus ideas se iban al diablo.

Sin el submarino, nada concordaba.

Pero entonces, ¿cómo era posible? ¿Cómo? ¿Cómo?

Respiró hondamente.

El silencio les rodeaba.

Sólo de vez en cuando, a ráfagas, llegaba la voz del televisor que estaba en una sala de oficiales contigua. En el programa de aquella noche se hablaba del próximo lanzamiento del «Apolo 14».

Y de pronto, Johnny produjo un chasquido con los dedos.

De pronto, murmuró:

—¡Dios santo!

Foster le miraba con curiosidad.

—¿Qué le pasa?

—El... el «Apolo 14».

Foster achicó los ojos.

—Oiga, muchacho, ¿se ha vuelto loco? ¿Qué cuerno le ocurre? ¿Tal vez necesita una copa? ¿O una chica? ¿O una patada en aquel sitio que usted sabe? ¿Qué trata de insinuar, borracho? ¿Qué los alemanes se llevaron el tesoro era una nave «Apolo»?

Johnny había apretado los labios.

Con la mirada perdida en el vacío, murmuró:

—No, no me refería al «Apolo». Ha sido una asociación de ideas, al pensar en cabo Kennedy. Mi idea es ésta: Antes de lanzar la bomba atómica sobre el Japón, y antes de que se rindiera Alemania, ¿no se realizó ninguna prueba nuclear de ensayo en estas costas?

Foster achicó los ojos.

Él era una máquina computadora viviente, de modo que no necesitó consultar los archivos para murmurar:

—Las pruebas se realizaron en Alamogordo, y yo era muy joven, trabajaba en los servicios secretos de la marina. Pero también se realizó una prueba muy pequeña aquí. Una prueba subterránea en... en...

Johnny le sacó de dudas.

Señaló uno de los grandes, mapas que tapizaban materialmente las paredes del despacho, y en los que estaban señalizadas al máximo las costas de Texas, Luisiana y Florida.

Con un bolígrafo señaló en uno de ellos una flecha. La zona marítima de Luisiana.

Foster le miraba hacer.

No entendía del todo.

Pero Johnny musitó:

—Aquí lo tiene. Ahora lo comprendo todo, y además, en el fondo, es sencillo. La pequeña, prueba nuclear en la costa... ¡estableció una comunicación marítima entre el mar, muy cerca de Port Arthur, y el lago Charles! ¡Un paso, submarino, que, el navío alemán encontró por casualidad, meses más tarde, y por el que siguió, encontrándose en las aguas del lago! ¡Pero éstas eran demasiado peligrosas, y de allí no pudo ya salir! ¡Se hundió para siempre, tras chocar contra las paredes rocosas, permaneciendo así hasta que Nebel lo ha descubierto! ¡Y los muertos han sido arrastrados por la corriente marina a través del mismo paso! ¡Los escafandristas no han sabido encontrarlo porque ya debe estar medio cubierto por las algas, pero el paso existe! ¡Y; el submarino está en el lago! ¡Está allí, donde no hubiéramos sospechado nunca! ¡Teniendo en sus entrañas varias; docenas de cadáveres y el viejo tesoro de los SS!

Foster le escuchaba con tanta atención que sus facciones se habían contraído...

Su piel estaba pálida, casi apergaminada.

Con voz ronca balbució:

—¿Sabe que podría tener razón? ¿Sabe que quizá el submarino no... esté allí?

—¡Claro que tiene que estar! ¡Envíe enseguida buceadores al lago! ¡Enseguida! ¡Hágalos trabajar con el mayor secreto, y antes de dos horas, tendremos la respuesta!

El vicealmirante murmuró:

—Soy capaz de bajar yo mismo. Y de hacer bajar también a mi suegra...

No tardaron ni dos horas. Los escafandristas de la marina, verdaderos campeones en todo lo que se refiriera a maniobras bajo el agua, se hundieron en el lago Charles y respuntearon el fondo con sus cámaras *fotográficas*, sus *flashes* y las luces de sus lámparas. El submarino no tardó en aparecer, encallado entre dos rocas y completamente, cubierto de moluscos y de algas. Apareció, fantasmal, ante sus ojos, misterioso y temible como un monstruo dormido.

Pero más impresionante era lo que había dentro. Más impresionante era aquella colección de esqueletos, situados aún en sus puestos de maniobra o de combate, aquella pequeña legión de servidores anónimos del III Reich, de hombres fieles hasta el fin, y cuyos nombres no serían recordados jamás en ninguna lápida.

Habían muerto rodeando la gran fortuna de los SS, aquella fortuna con la que tal vez soñaron reconstruir algún día su poderío perdido.

Para un particular aquello resultaba fabuloso. Pero para el tesoro nacional de Estados Unidos, la suma carecía de importancia. Teniendo en cuenta que una parte debería ser devuelta a sus legítimos dueños, en especial el Gobierno holandés, el vicealmirante Foster comentó:

—Cuando guardemos esto en Fort Knox [10], ni se enterarán.

Y sirvió en su despacho, una copa de ron a Johnny.

Sobre las calles de Nueva Orleans, la noche había cerrado ya del todo.

No había apenas bullicio en las calles.

Sólo en el viejo barrio francés, la noche no había terminado aún

porque la noche allí no terminaba nunca.

Foster murmuró:

—Tenía razón, Johnny. Gracias a usted, hemos dado con algo que, de otro modo, tal vez no habríamos descubierto jamás. Y eso el general Nebel no lo sabe Seguirá buscando hasta que demos con él. Comunicaré la buena noticia a Freddie. Freddie estará contento, cuando sepa que pronto cazaremos al que mató a su esposa.

Johnny palideció.

—¿Qué... qué dice?

Foster le miró con sorpresa.

—Sencillamente, lo que ha oído. Le diré que muy pronto capturaremos al que mató a su esposa.

—Pero yo creí que Freddie seguía detenido como sospechoso...

—No, no. Ya no había pruebas contra él. Por eso le hemos dejado suelto esta noche.

Johnny se llevó una mano a los labios.

—Dios santo...

—Pero ¿qué le pasa? ¡Por las orejas de mi mujer! ¿Qué piensa ahora?

—Esta noche...

—¡Mil diablos! ¡Diga lo que se le acaba de ocurrir! ¡Hable, maldita sea!

Lo único que Johnny hizo fue preguntar:

—¿Ha salido de Nueva Orleans? ¿En qué hotel se hospeda?

—En un hotel modesto. Le he pedido su dirección para tenerlo localizado. El hotel Lasalle, muy cerca de aquí. Habitación 16.

Johnny no esperó a tener más detalles.

Salió de allí.

Salió de allí, sabiendo que cada minuto contaba, sintiendo que se le secaba la boca.

## CAPÍTULO XVII

El conserje del hotel Lasalle dormitaba tranquilamente cuando él entró. Ya no esperaba a ningún cliente, y, por lo tanto, no se enteró de nada. Johnny no empleó el ascensor. Subió por las escaleras, ágil y silenciosamente hasta el segundo piso.

La habitación dieciséis.

Envuelta en la penumbra, como todas las otras. Envuelta en el silencio. Envuelta en la quietud cálida de la noche.

Nññññeccc... Nññññeccc...

La puerta chirriaba levemente.

No estaba cerrada.

La brisa nocturna la movía muy levemente, la hacía oscilar apenas con aquel sonido maléfico.

Johnny entró de pronto, acercando la mano a la culata de la pistola que se había remetido entre la camisa, y el pantalón.

Vio confusamente lo que había allí dentro. Vio la figura de Freddie, tendida en el lecho, durmiendo acompasadamente, y vio sobre todo la figura que se inclinaba sobre él, aquella sombra encorvada, que se disponía a segarle la garganta con un puñal de hoja curva.

Tenía que ser el exgeneral.

¡El que no sabía aún que Freddie no había averiguado nada!

¡El que trataba de eliminar a un testigo que, según él, sabía demasiado!

Johnny hizo ruido.

Y de pronto, el otro se volvió, saltando de costado, mientras sacaba también instantáneamente una pistola.

Su salto fue ágil, pero falló.

Falló por una cosa muy importante.

El exgeneral Nebel cojeaba.

Bronstein había tratado de decirlo, antes de morir: Los rusos, le

habían dispensado de los trabajos rudos porque... porque...

La luz dio entonces de lleno en su, rostro.

Lo alumbró bien.

Sus ojos, que brillaban diabólicamente, sus manos, su boca...

Johnny balbució con un soplo de voz, mientras disparaba unas décimas de segundo antes, mientras repartía la muerte, mientras se adelantaba al gesto desesperado del otro:

—Peter.

## CAPÍTULO XVIII

—Él se apoderó en Rusia de la documentación de su hermano, también prisionero, y seguramente lo mató —dijo Foster, poco más tarde, mientras miraba, en la Morgue el cadáver del exgeneral, con dos balazos en la cabeza—. Gracias a ello, evitó que los soviéticos lo juzgaran como criminal de guerra, y también gracias a ello, consiguió algo mucho más importante: Ser repatriado a Estados Unidos, años más tarde. Habiendo oído hablar muchas veces al verdadero Peter, conocía muchos detalles de la casa y de la vida de éste. Y a él, ¿quién le conocía? Realmente, nadie. Por eso Nebel se instaló en Nueva York, en la casa de Jamaica Bay, y desde allí inició sus investigaciones para saber dónde podía haber ido el submarino... Cuando supo que Bronstein iba tras la misma pista, procuró matarlo. Pero él no podía... ¿Qué hizo entonces? Aprovechar la ocasión magnífica que se le presentaba en bandeja. A usted, Johnny, le habían pedido que acabara con aquel buitro. Y Nebel insistió también en que lo hiciera. Incluso se lo pidió para solucionar su drama personal, diciendo que necesitaba aquel dinero para operarse.

Johnny no quiso oír más.

Tenía un espantoso mal sabor de boca.

Salió de la Morgue mientras caminaba por las calles de Nueva Orleans, por sus calles ahora vacías, por sus calles muertas.

Fue al hotel donde se alojaba Ellen. Pudo entrar porque ella misma le había dado la llave. La chica estaba en la cama, más bonita que nunca.

Desde lo ocurrido en aquel pajar, cerca de Copenhague, ella no tenía ya que disimular en algunas cosas.

Cuando Johnny empezaba a quitarse la americana, preguntó:

—¿Para cuándo nuestra boda?

—¿Qué dices?

—Te he preguntado que para cuándo nuestra boda, cariño.

Él se desanudó la corbata.

—No acabo de entenderte, Ellen.

—¿No? ¿Pues sabes qué te digo, muchacho? Que las americanas serán muy listas, pero los americanos sois idiotas.

Johnny la había entendido perfectamente.

Sacó la licencia de matrimonio que acababa de comprar en una oficina matrimonial de las que, en gran parte de las ciudades de Estados Unidos, están abiertas toda la noche.

—No lo sabes bien —murmuró resignadamente—. Aquí tienes la prueba. Más idiotas de lo que piensas.

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares

**EDITORIAL BRUGUERA, S**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.**

Impreso en España



## NOTAS

[1] El kaiser Guillermo II era emperador de Alemania durante la Primera Guerra Mundial, y fue destronado en 1918. Los del submarino del chiste no estaban, pues, combatiendo desde 1939, sino desde la guerra anterior es decir, desde 1914. < <

[2] Principal base naval norteamericana en el Atlántico. < <

[3] Organización patriótica americana de extrema derecha, entre la que suelen reclutarse los racistas y los nazis. < <

[4] Gran batalla de tanques que significó el fin de las unidades acorazadas alemanas. (N. del A.). < <

[5] Se llama Agencia Judía —y también recibe otras denominaciones —, a la organización que persigue antiguos criminales de guerra nazis por todo el mundo, en especial jefes de los campos de exterminio. Su sede europea está en Viena. < <

[6] Eichmann, general austríaco de las SS, procuraba que los campos de exterminio siempre estuvieran bien provistos de víctimas. Él se encargaba de organizar los trenes de los que habían de morir, principalmente desde Checoslovaquia y Hungría. Fugitivo de Alemania en 1945, fue capturado en Buenos Aires por miembros de la Agencia Judía, llevado a Israel, juzgado y ahorcado. Luego, sus cenizas fueron esparcidas al viento desde una barca, para que se perdiera todo recuerdo de él. < <

[7] Lugarteniente de Hitler, que consiguió también huir de Alemania y no ha sido encontrado todavía, aunque se supone ha muerto. (N. del A.). < <

[8] Por el propuesto, los crímenes de guerra son imprescriptibles, es decir no se perdonan. (N. del A.). < <

[9] Camarada. < <

[10] Lugar donde se guarda el tesoro nacional de Estados Unidos. (N. del A.). < <